

Hildegarto de Lavardin y su *Vida de Santa Radegunda*

RESUMEN

En el siglo XII, después de cuatro siglos y medio de haber sido compuestas las Vidas de santa Radegunda por Venancio Fortunato y la monja Baudonivia, el obispo de Le Mans, Hildegarto de Lavardin, uno de los escritores más sobresalientes de su época, compuso una tercera biografía de la santa siguiendo fielmente las biografías anteriores, muy especialmente la de Venancio Fortunato. Tras ofrecer, en los Números LVI (2006) y LVII (2007) de Archivum, la versión de las primitivas biografías, presentamos, en el presente trabajo, la versión de la redactada por Hildegarto, cerrando así el ciclo de las biografías de santa Radegunda escritas durante la Edad Media

ABSTRACT

In the XIIth century, four and a half centuries after Venancio Fortunato and the nun Baudovinia had written their Lives of Saint Radegunda, Hildegarto de Lavardin, one of the most outstanding authors of his age, prepared a third biography of this saint, following very closely the previous biographies, particularly that by Venancio Fortunato. After having presented in issues lvi (2006) and lvii (2007) of Archivum the versions of the first two biographies, we present now the version by Hildegarto, closing the cycle of medieval biographies of Saint Radegunda.

1. HILDEBERTO, OBISPO DE LE MANS

Cerca de 600 años después de que fueran compuestas las biografías de santa Radegunda por Venancio Fortunato y la monja Baudonivia¹, el obispo de Le Mans, y más tarde arzobispo de Tours, Hildeberto (conocido como "Hildeberto de Lavardin", 1056-1133/34), siguiendo fielmente el contenido de ambas biografías (muy especialmente la de Venancio Fortunato), compuso una tercera, cuya traducción vamos a ofrecer en el presente trabajo. Unos 400 años más tarde (entre 1508 y 1529²) apareció, editada en Londres por Rycharde Pynson, una nueva biografía, en verso, de santa Radegunda, inspirada directamente en las de Venancio Fortunato y Baudonivia, también aquí muy preferentemente en el primero. La obra fue editada como de autor anónimo, pero la crítica ha venido atribuyéndosela al poeta benedictino Henry Bradshaw (muerto en 1513) por la semejanza de todo tipo entre esta biografía y la de santa Werburga, obra de Bradshaw. En 1926 Fred Brittain volvió a publicar la obra³, que consta de 204 estrofas, por lo general de siete versos, repartidas en 26 capítulos. Un estudio de la Vida de Bradshaw, junto con un examen de la de Hildeberto, la ha llevado a cabo Mario Natali⁴. Por lo que se refiere a la de Bradshaw, Natali estudia las razones que presumiblemente indujeron al poeta a escribir la obra, ofreciendo, al mismo tiempo, los motivos que confiesa el propio

1 Ambas biografías suelen ser designadas (y así lo haremos a intervalos nosotros mismos) con las denominaciones de *Vita 1* y *Vita 2* respectivamente. La versión de las dos, con introducción y notas, las hemos ofrecido en los dos números de *Archivum* que preceden al presente número.

2 La fecha más aceptada es la de 1521. La obra estaría compuesta unos cuantos años antes. Desde 1992, gracias a la editorial Chadwyck-Healey, es posible leerla en Internet, donde está colgada "on line".

3 Cambridge, University Press.

4 "Santa Radegonda di Poitiers nelle *Vitae* di Ildeberto di Lavardin e di Henry Bardshaw", *Studi e materiali di storia delle religioni*, 1993, 247-261.

biógrafo en el "Prólogo"; insiste en el pintoresquismo propio de la obra; pone de manifiesto el carácter compilatorio de la misma⁵; deja constancia de la introducción de episodios legendarios en la vida de la santa (así el conocido como "milagro de la avena"); pasa revista a diversos errores cometidos por el poeta; y, finalmente, reagrupa una serie de datos que no se encuentran ni en la *Vita 1* ni en la *Vita 2*.

Hildeberto nació en Lavardin, en los confines de Vendôme, pero perteneciente a la diócesis de Le Mans, *mediocribus quidem sed honestis exortus parentibus*⁶. Tuvo tres hermanos, Salomón, Drogón y Geoffroi. Hildeberto fue destinado a la carrera eclesiástica. Entre sus maestros, la opinión más generalizada es que fue discípulo del famoso herejarca Berengario de Tours (1000-1088)⁷. Hildeberto debía de sentir una auténtica veneración por el que fuera su maestro, a la vista del epitafio que compuso en su honor con ocasión de su muerte⁸. El epitafio es un poema

5 El propio autor del poema, en el título del "Prólogo", se considera un simple traductor.

6 La expresión la repiten los dos editores de las obras de Hildeberto en la *Patrologia Latina*, J. J. Bourassé y J. Mabillon, tomo 171, columnas 0017 ss. y 0089 ss. respectivamente.

7 Berengario mantuvo una viva polémica con Lanfranco de Pavía en torno al tema de la transustanciación. Aparte de su herética predicación, Berengario escribió una obra sobre el tema contra Lanfranco: *De sacra coena adversus Lanfrancum*. Según Berengario, en la Misa el pan no se transforma en el cuerpo de Cristo ni el vino en su sangre: pan y vino son en ella símbolos nada más del cuerpo y sangre de Cristo. Denunciado por Lanfranco, fue hecho prisionero y condenado en el concilio de Vercelli (año 1050), condena reafirmada en otros muchos concilios posteriores (la *Pat. Lat.*, 148, 1449 ss., ofrece amplia información sobre sus repetidas condenas: *De Berengarii haeresiarcae damnatione multiplici*). Finalmente, en el de Burdeos (1080), Berengario abjuró sus errores y declaró someterse a la doctrina de la Iglesia. En el concilio de Letrán (1215) la transustanciación fue declarada dogma de fe.

8 El epitafio (*In Berengarii obitu*) está compuesto de 26 dísticos elegíacos: *Hildebertus. Carmina minora*. Ed. de A. B. Scott. Leipzig, Teubner, 1969, poema nº

que puede considerarse un auténtico encomio en honor de Berengario, encomio lleno de alabanzas y ensalzamiento de sus virtudes⁹, lo que explicaría la reacción contra nuestro autor por parte de los adversarios de Hildeberto.

De todas las maneras parece ser que la única razón para defender que Hildeberto fue discípulo de Berengario es precisamente la composición del tal epitafio. Y es que, a propósito de la biografía de Hildeberto, no ha sido ésta la única ocasión en que, partiendo de la composición de una de sus obras, se ha pretendido sacar conclusiones infundadas sobre diversos avatares de su vida. Y así habría que explicar, por ejemplo, la afirmación, repetida por algunos investigadores, de que nuestro escritor, tras estudiar las “bellas letras”, se dedicó al estudio de la teología en la abadía de Cluny (y hasta hay quienes defienden que abrazaría la vida monástica), y eso porque escribió una biografía de san Hugues¹⁰, abad de Cluny, sin tener presente que, si así fuera, causa no poca extrañeza que en toda la biografía del santo abad no hiciera el escritor la más mínima alusión a su propia condición de monje de la misma abadía¹¹.

18, págs. 7-9 (= *Carmina miscellanea*, XL, *Pat. Lat.*, 171, 1396A-1397A). Fue compuesto siendo ya Hildeberto obispo de Le Mans, como lo atestigua Joannes Jacobus Bourassé en su “Praefatio” *Ad novam Hildeberti (...) editionem*, *Pat. Lat.*, 171, 0019.

9 Véase, como ejemplo, los seis primeros versos: “Aquel a quien hasta hace poco admiraba el orbe y seguirá siempre admirado, / aquel famoso Berengario, que no debería morir, ha muerto. / El quinto día del mes de Enero, atreviéndose a un sacrilegio, se llevó consigo / a quien tenía asidas las más altas cimas de la sagrada fe. / Aquel día fue un día funesto y traidor al mundo, / el día en que se desplomó la gloria y lo más excelso”. El epitafio se cierra con el siguiente dístico: “Que, tras la muerte, pueda yo tener descanso con él, en su compañía, / y que mi suerte no sea mejor que su suerte”.

10 *Vita sancti Hugonis abbatis cluniacensis*, *Pat. Lat.*, 159, 857 ss..

11 El *Epistolario* de Hildeberto se hace eco de una carta (*Epist.* III, 7, *Pat. Lat.* 171, 0288A-B) de nuestro autor dirigida precisamente a Hugues, donde se nos informa de que el deseo del Hildeberto era ingresar en tal abadía si el Papa le hubiera

Los progresos de Hildeberto en el conocimiento de las ciencias y las “bellas letras” no pasaron desapercibidos de Hoel, obispo de Le Mans, quien lo nombró “maestro de la catedral” y, en 1091, archidiacono, dignidad que ostentó durante cinco años, hasta 1096, fecha en que Hildeberto fue elegido obispo de Le Mans a la muerte de Hoel. El autor de las Actas de la diócesis de Le Mans dice que la elección se llevó a cabo “con el asentimiento de todo el clero y todo el pueblo” (*communi cleri plebisque assensu*)¹², pero tal nombramiento contó con la férrea oposición de Guillermo II, “el Rojo”, rey de Inglaterra¹³, y, en un primer momento, con la de Hèlie, conde del Maine, que tenía su propio candidato para el cargo, Geoffroi, deán de la catedral. Las crónicas nos dicen que, dado que Hèlie era un buen cristiano, finalmente se desdijo de su oposición y aceptó el nombramiento de Hildeberto. Tal comportamiento del conde irritó en gran manera la cólera del rey inglés, que persistió en su persecución al recién nombrado obispo¹⁴.

dado permiso a, tras renunciar a su dignidad de obispo, ingresar en la abadía: *cujus sinum, quasi reus aram, jam dudum amplexus essem, si consultus Papa pontificis onus amoliri permisisset* (col. 0287B). La carta, escrita a la vuelta de Hildeberto de Roma, está escrita, como lo expresa el texto aducido, siendo ya Hildeberto obispo de Le Mans.

12 Orderico Vital, *Historia ecclesiastica*, IV, 17, *Pat. Lat.*, 188, 347 B, nos ha contado cómo, a la muerte de Hoel, le sucedió en el obispado el *egregius versificator Hildebertus* y desempeñó *laudabiliter* su cargo casi durante treinta años, pasando a continuación a enumerar algunas de las acciones dignas de alabanza que llevó a cabo al frente de su ministerio.

13 Era hijo de Guillermo I “el Conquistador” (1066-1087), a quien sucedió en el trono (1087-1100). Su violento carácter le llevó a perseguir no sólo a la Iglesia sino a los mismos nobles, en un afán manifiesto de apoderarse de sus bienes. Le sucedió en el trono Enrique I “Beauclerc” (1100-1135).

14 Dice Orderico Vital, *o. c.*, X, 6 (= *Pat. Lat.* 188, 0732A-B): *His temporibus [die 29 Julii 1097], venerabilis [0732B] vitae Hoellus, genere Brito, Cenomannorum episcopus, defunctus est. Helias autem comes Goisfredum Britonem, decanum ejusdem ecclesiae, ad episcopatum elegit; sed praeveniens clerus Hildebertum de Lavarceio, archidiaconum, in*

Ahora bien, a la oposición primera del conde Hèlie se unió una parte del clero, partidario, igualmente, de Geoffroi, quienes dirigieron a Yves, obispo de Chartres (famoso por sus conocimientos en la disciplina eclesiástica) una carta en la que hacían ver que Hildeberto no debería haber sido elegido obispo dada la vida tan escandalosa que había llevado mientras duró su cargo de archidiacono. El obispo de Chartres, a la vista de la denuncia, dirigió una carta a Hildeberto en la que deja bien claro que, si es verdad lo que sus acusadores le hacen saber en su escrito, no podrá gobernar a su grey sino aumentar la discordia. La vida escandalosa a que hace referencia Yves se referiría a unos años antes de ser elegido Hildeberto obispo de Le Mans (1096); exactamente a la época en que fue ordenado archidiacono (año 1091); por consiguiente, cuando Hildeberto, nacido en el 1056, tendría unos 35 años. La carta lleva el número 277 de la epistolografía de Yves recogida en la *Patrologia Latina*¹⁵ y está dirigida a “Aldeberto”, que, como dicen en Nota los propios editores, es el nombre que aparece en dos códices antiguos para referirse a nuestro autor¹⁶. No hay que olvidar que Yves

cathedra pontificali residere compulit, et, altae vocis cum jubilatione tripudians, cantavit: Te Deum laudamus, et caetera quae usus in electione praesulis exposcit ecclesiasticus. Quod Helias ut comperiit, valde iratus, resistere voluit. Sed clericis dicentibus illi: Electionem tuam ecclesiasticae praeferre non debes electioni, reveritus, quia Deum timebat, siluit; et, ne lethale in membris Ecclesiae schisma fieret, canonicis consensit.

15 Tomo 162, cols. 0279A-0279D.

16 La *Patrologia Latina* ofrece 7 cartas de Yves dirigidas a Hildeberto: la 74 (en la relación de personajes a los que se dirigen las cartas de Yves, ordenada alfabéticamente al frente de la edición de las Cartas, por un error aparece el número 71 en vez del 74), la 148, la 167, la 206, la 220, la 230 y la 277. En esta última aparece, como nombre de destinatario, tal como se dice en el texto, “Aldeberto”. De esas siete cartas, sólo la primera y la última se refieren a situaciones personales de la vida de Hildeberto: en la 74, Yves anima al obispo de Le Mans a sufrir con buen ánimo la persecución que sufre de parte del rey de Inglaterra; en la última, como se dice en el texto, Yves recrimina a su destinatario su depravada conducta en una determinada época de su vida; en las cartas restantes, el gran canonista que es Yves

es un paladín de la reforma llamada “gregoriana” y, como tal, fustigador de los vicios y corruptelas de la sociedad en general y, muy especialmente, de la sociedad eclesial.

Después de hacer constar Ives que, ante la crítica que va a hacer del comportamiento de Hildeberto, son mejor las heridas que te pueda infligir una persona que te quiere que los engañosos besos de un adulator¹⁷, y deseando que la promoción temporal que supone la consagración de Hildeberto como obispo (de la que se alegra) no suponga un rechazo desde el punto de vista de la eternidad¹⁸, pasa a la requisitoria contra nuestro escritor: *y es que he oído, acerca de ti, cosas que me duelen y me horrorizan; cosas que, si son ciertas, no podrás ofrecer al pueblo un buen gobierno sino aumentar la discordia. En efecto, algunos de los prebostes de la Iglesia*

da respuesta a diversas consultas de Derecho Canónico: las cartas número 148, 167 y 230, están referidas a cuestiones matrimoniales, en las que es auténtico especialista: famosa es su actitud de firme oposición al divorcio de Felipe I, que quería separarse de su esposa Bertha para casarse con Bertrade de Anjou (1092), actitud que le valió ser encarcelado. (El pensamiento de Yves sobre el particular ha sido estudiado a fondo por los canonistas; un acercamiento al tema puede verse en el capítulo IX, “Yves de Chartres”, de Georges Duby, *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal*. Madrid, Taurus, 1982, págs. 137-157). Finalmente, las cartas 206 y 220 son respuestas a consultas, igualmente canónicas, sobre (carta 206) un clérigo infamemente calumniado por el pueblo y que, según el autor de la carta, debe ser juzgado, en privado, por el obispo en compañía de dignísimos presbíteros, mientras que en la 220 Yves da su opinión sobre el problema planteado en torno a la “apelación”.

17 Se trata, como entre paréntesis afirma la propia edición, de una sentencia de los *Proverbios*, 27, 6, cuyo texto, según la *Patrología*, es: *meliora sunt vulnera diligentis, quam fraudulenta oscula blandientis*, aunque el texto de la Nueva Vulgata dice: *veriora sunt vulnera diligentis quam fraudulenta oscula odientis*, que habría que traducir por: “más acordes con la verdad son las heridas producidas por el que te quiere que los engañosos besos del que te odia”.

18 El texto es una sentencia del Salmo 73 (72), versículo 18, que, según la edición de Hildeberto, dice: *dejecisti eos, dum allevarentur*, mientras que en la Nueva Vulgata leemos: *verumtamen in lubrico posuisti eos, deiecisti eos in ruinam*, texto que es bastante diferente al ofrecido en la *Patrología*.

de Le Mans, que afirman conocer tu vida anterior, dicen que te has extralimitado a la hora de aflojar los frenos de la honestidad, hasta el punto de, habiendo compartido tu lecho, tras recibir el archidiaconado, con una turba de mujerzuelas, has engendrado una turba de muchachos y muchachas. Ahora bien, tu sabes bien qué encendida castidad debe tener aquel que es elevado a la cima del gobierno pastoral. De no ser así, aquel que sucumbe después de haber recibido el orden sagrado no sólo no debe ascender a un mayor escalón sino que no debe continuar con su ministerio en el escalón en el que sucumbió. Por lo que el bienaventurado Gregorio escribe a Jenaro, obispo Caralitano (c. *Pervenit dist. 50*): “Aquel que, tras recibir el orden sagrado, sucumba ante el pecado de la carne, se vea privado del orden sagrado de tal manera que en adelante no tenga acceso al ministerio del altar”¹⁹.

Los *Gesta episcoporum Cenomannensium*²⁰ pasan en compasivo silencio una alusión directa a la escandalosa vida anterior del ya obispo Hildeberto, pero hay que entender que a ella aluden, indirectamente, cuando hacen constar que procuraba redimir con sus limosnas los pecados que hubiera podido cometer en su juventud²¹. Es más, el explayarse, a la hora de pormenorizar sus sacrificios, mortificaciones y buenos ejemplos²², es considerado

19 *Audivi enim de te, quae mihi sunt dolori et horrore. Quae si vera sunt, non poteris populo praebere regimen, sed augere discrimen. Dicunt enim quidam de majoribus Cenomannensis Ecclesiae, qui antea vitam tuam se nosse testantur, quod ultra modum laxaveris frena pudicitiae, in tantum ut post acceptum archidiaconatum accubante lateribus tuis plebe muliercularum, multam genueris plebem puerorum et puellarum. Tu autem nosti, quod probatae debeat esse castitatis, qui sublimatur ad fastigium curae pastoralis. Alioquin post sacrum ordinem lapsus non solum non debet ad majorem gradum conscendere, sed nec in eo in quo lapsus est ordine ministrare. (0279C) Unde beatus Gregorius scribit Januario episcopo Caralitano (c. *Pervenit dist. 50*): « Qui post acceptum sacrum ordinem in peccato carnis lapsus fuerit, sacro ordine ita careat ut ad ministerium altaris ulterius non accedat ».*

20 *Pat. Lat.*, 171, apartado dedicado a Hildeberto en columnas 0089B-0102B..

21 *Et si quae fuerant juventutis delicta, eleemosynarum largitione redimere: Pat. Lat.*, 171, 0090B.

22 *Ibidem*, 0090B-C..

por autores como Jacques Dalarun²³ como un reconocimiento indirecto de la vida depravada de nuestro autor en una época de su existencia.

Ahora bien, todo lo referente a la consabida carta de Yves debemos ponerlo en entredicho. Entre los autores modernos, Jacques Dalarun, como acabamos de decir, no tiene la menor duda sobre la autenticidad de la misma. En las biografías de nuestro autor, al menos las que nosotros hemos consultado, ninguna de ellas hace referencia a la carta de Yves, y, por su parte, el autor (anónimo) de una de las "Vidas" de Hildeberto que preceden a sus obras en la *Patrologia Latina*, la *Vida del Venerable Hildeberto, obispo, primero, de Le Mans y arzobispo, después, de Tours*²⁴, redactada "a partir de sus propios escritos y de los testimonios de los antiguos", se explaya largo y tendido a la hora de defender la teoría de que la carta 277 de Yves es espuria; y ello se demuestra, dice, en base a muchos argumentos. En primer lugar, tal carta se encuentra en poquísimos manuscritos; así, de los seis códices regioes que nos han llegado de las cartas de Yves de Chartres, sólo en uno de ellos aparece tal carta, y además en penúltimo lugar. Entre los nueve códices Colbertinos sólo uno de ellos la ofrece e, igualmente, en penúltimo lugar; además, en este caso la carta parece escrita por una mano distinta. La carta falta en el código san-germanense. En el Victorino (o código de san Víctor) aparece dedicada a Adalberto, no a Hildeberto (lo mismo en la *Patrologia Latina*) y no aparece el nombre de Yves;

23 "Hagiographie et métaphore. Fonctionnalité des modèles féminins dans l'oeuvre d'Hildebert de Lavardin", en *Le culte des saints aux IXe-XIIIe siècles*. Actes du Colloque à Poitiers, 15-16-17 sept. 1993. Poitiers, 1995, págs. 37-51, en pág. 39 y nota 13.

24 *Pat. Lat.*, 162, 0063B-0089A. En el frontispicio de las páginas de la *Patrologia* figura, como autor, un tal "Primo Cenomanensis", pero se trata de un error: el "Primo Cenomanensis" está tomado del título de la biografía: *Ven. Hildeberti, primo Cenomanensis episcopi, deinde Turonensis archiepiscopi Vita ex ejus scriptis et veterum monumentis adornata*.

además, aparece detrás de las otras cartas, pero tras una página en blanco, de modo que hace pensar que se trata de una carta sin relación con las otras. Y Beaugendre cierra su argumentación con las siguientes palabras: “dado que casi falta en todos los códices y, en aquellos en los que se encuentra, no aparece en el debido orden sino que está colocada entre las últimas, cuando, según el sentido del argumento que trata y del tiempo a que se refiere, debería figurar entre las primeras; igualmente, dado que el nombre del destinatario varía, con todo derecho la han juzgado como espuria varones eruditos como Juret, Souchet, Bondonet y Juan de Maan, inclinándose por su autenticidad el esclarecido autor Ant. Pagio, fijándola en el año 1097²⁵.”

Guillermo “el Rojo”, por su parte, ofendido por la elección de Hildeberto y por la actitud de Hèlie, conde del Maine, declaró a éste la guerra²⁶. El conde fue hecho prisionero (año 1098) por Robert de Talvas, conde de Belème, quien lo puso en manos del rey inglés. Este pensó que era buen momento para apoderarse del Maine. Hèlie consiguió que Hildeberto, acompañado de diversos prohombres de Le Mans, se desplazaran a Bayeux, donde aquél estaba prisionero, para tratar del procedimiento que podría seguirse para poder recuperar su libertad. La conclusión fue entregar la ciudad de Le Mans al rey inglés a cambio de la libertad de Hèlie. Guillermo II aceptó la propuesta, pero, en 1099, Hèlie, volviéndose atrás de su palabra dada, recuperó, por la fuerza, su ciudad. El rey inglés pasó al continente, dispuesto a tomar de nuevo la plaza. Hèlie se retiró pero fue Hildeberto quien pagó las consecuencias: aunque no había tomado parte en las intrigas del conde, algunos

25 *Cum igitur a codicibus pene omnibus exsulet, ac in quibus reperitur, in iis non debito ordine jaceat, sed inter postremas ablegetur, quae secundum argumenti et temporis rationem, inter primas censeri debuerat; cum itidem nomen varie (0066D) legatur, jure illam quasi spuriam rejiciendam censent eruditi viri Juretus, Souchetus, Bondonetus, Joannes de Maan. Hildeberto item patrocinatur vir cl. Ant. Pagius ad annum 1097.*

26 Orderico Vital, *o. c.*, X 6, se hace eco de las intrigas y ataques del rey inglés tanto al conde Hèlie como a la ciudad de Le Mans.

clérigos de la ciudad lo acusaron ante el rey inglés de haber sido el consejero e instigador de Hèlie. Guillermo II no cesó de mortificar al obispo, comenzando por exigirle la demolición de las torres de la catedral. El obispo se opuso enérgicamente a tal imposición y, en castigo, fue llevado, prisionero, a Inglaterra, de donde no volvió hasta el año siguiente (1100).

Al volver, se encontró con que la situación en la ciudad y en las dependencias eclesiásticas era lamentable, por lo que el obispo tuvo que desplegar una intensa actividad en la reconstrucción de todo tipo. En una carta dirigida a los legados Papales en el concilio de Poitiers (Hildeberto excusó su presencia en el mismo a causa de la delicada situación en que se encontraba su diócesis²⁷) el obispo expone las vicisitudes que aquejan a la ciudad de Le Mans. Por otra parte tenemos el testimonio de Yves, obispo de Chartres, quien, en una carta a Hildeberto²⁸, da cuenta del perverso comportamiento del rey inglés para con el obispo, le consuela en medio de su aflicción y le conmina a que de ningún modo acepte el requerimiento de Guillermo de, para mostrar su inocencia, someterse a la prueba de la ordalía. El rey inglés murió, el 2 de agosto de 1100, durante una cacería. El conde Hèlie recuperó Le Mans y desde entonces el obispo gozó de cierta paz y tranquilidad, por lo que pudo dedicarse a la reconstrucción de la ciudad, tanto en su aspecto material como espiritual. Debió de ser en esta época cuando Hildeberto realizó su viaje a Roma, viaje atestiguado por el cronista de las Actas de la diócesis, según el cual el obispo fue recibido afablemente por el Papa Pascual II²⁹. El propio Hildeberto, en una carta a Hugues, abad de Cluny³⁰, habla

27 *Epistolae*, II 8, *Pat. Lat.*, 171, 215A-216B.

28 *Epistolae*, 74, *Pat. Lat.*, 162, 0095C-0096D.

29 Se estima que el motivo de su viaje a Roma habría sido presentar al Papa Pascual II su renuncia a su sede episcopal, solicitud que habría sido denegada por el Sumo Pontífice.

30 *Epistolae*, III 7, *Pat. Lat.*, 171, 0287B-0288B.

de su viaje a Roma y de las vicisitudes sufridas en su regreso. De Roma volvió el obispo cargado de regalos y donativos que empleó, en su mayor parte, en la reconstrucción de la catedral.

A la vuelta de Roma Hildeberto se encontró con la ciudad totalmente alborotada e inquieta por la predicaciones que, en su ausencia, había difundido el heresiarca Enrique de Lausana (también llamado “E. de Tolosa”, “E. de Le Mans” o “E. el monje”). El encuentro del obispo con el agitador se había producido antes de que el obispo emprendiera el viaje a Roma. En un primer momento el obispo, decidido partidario de la conocida como “reforma gregoriana”, no vio con malos ojos la predicación de aquel monje exaltado que con virulencia atacaba las poco edificantes costumbres del clero de la época, llegando su condescendencia hasta permitirle predicar en la misma catedral. Ahora bien, el exaltado monje aprovechó la ausencia del obispo, mientras duró su viaje a Roma y su estancia en la ciudad eterna³¹, para difundir abiertamente sus ideas y soliviantar al pueblo contra el clero. Cuando el obispo regresó a Le Mans se encontró con una situación altamente preocupante, con los ánimos excitados entre el pueblo y al borde de la misma violencia física. Ante tal situación, Hildeberto no tuvo más remedio que expulsar de la ciudad al fogoso y agresivo predicador, quien siguió con su predicación por toda Francia, especialmente en Poitiers y Burdeos. El pensamiento herético de Enrique (rechazo del bautismo para los niños por no admitir la existencia del pecado original; rechazo de los sacramentos y de los ritos como la Misa; oposición a los sacerdotes y al clero, así como a la riqueza de los obispos) estaba en la línea de pensamiento del heresiarca Pedro de Bruis que puede ser considerado como el maestro espiritual de Enrique de Lausana. Pedro de Bruis, antiguo clérigo, había nacido, a finales del s. XI, en la aldea homónima de “Bruis”, en

31 Durante la misma compuso sus dos famosas elegías a Roma: n° 36 y 38 de los citados *Carmina minora*. La primera tiene 19 dísticos elegíacos; la otra, 18.

el cantón de Rosans (sudeste francés). Su predicación era de una extremada simplicidad pero de gran radicalismo. La conocemos, principalmente, por la Carta/Tratado que le dedicó Pedro el Venerable refutando sus ideas³², quien la sintetiza en cinco apartados principales: rechazo del valor salvífico del bautismo de los niños; inutilidad de los edificios sagrados; rechazo de la cruz; ineficacia de la celebración eucarística e ineficacia de los oficios sagrados por los difuntos³³.

Al morir el conde Hèlie (11 de julio de 1110), el conde de Angers, Foulques el Joven, casado con Eremburga, hija y heredera de Hèlie, entró en guerra con Enrique I "Beauclerc", rey de Inglaterra, saliendo perjudicado, una vez más, el obispo de Le Mans, que fue encarcelado³⁴. No sabemos el tiempo que permaneció en prisión; tal vez hasta el momento en que Luis "el Gordo" de Francia y el rey de Inglaterra firmaron un Tratado de paz (1114) y, como consecuencia del mismo, fueron excarcelados los prisioneros de uno y otro bando³⁵.

32 *Epistola sive Tractatus aduersus Petrobrusianos haereticos, Pat. Lat., 189, 0719-0850D.*

33 Pedro de Bruis acabó sus días trágicamente. El mismo pueblo que lo aclamó en su momento, tal vez víctima de un temor supersticioso ante los excesos del predicador, lo apresó y lo hizo quemar, precisamente, en una de las hogueras de cruces que de Bruis solía atizar. Era un Viernes Santo, en la aldea de Saint Gilles, cerca de Nimes, de un año que desconocemos exactamente, entre 1132 y 1139.

34 Ver la carta de Hildeberto, circular, dirigida a los obispos, sacerdotes y a todos los hijos de la Iglesia, en la que cuenta su detención y las circunstancias en que se produjo (*Epistolae*, II 17, *Pat. Lat.*, 171, 0225B-226D). Sobre el mismo tema tenemos una nueva carta (*Epistolae*, II 18, *Pat. Lat.*, 171, 0227A-0228B), dirigida, desde la cárcel, al obispo de Seez, en la que le da cuenta de su situación y le pide que vaya a visitarlo.

35 En medio de las vicisitudes de las luchas políticas del momento, Hildeberto, preocupado únicamente por la defensa, ante unos y otros, de los derechos de su sede episcopal, se vio zarandeado entre las contiendas de los protagonistas, sufriendo cambios continuos en su relación personal con ellos, según fueran los vientos que soplaran a favor o en contra, y así vemos cómo hubo un momento en que el rey Enrique I lo recibió en el círculo de sus amigos; así lo echamos de ver por

2. HILDEBERTO, ARZOBISPO DE TOURS

A la muerte del arzobispo de Tours, Gilberto, ocurrida en Roma, Hildeberto se hizo cargo de la archidiócesis mientras ésta estuvo vacante. Tanto el clero como el pueblo de Tours, concedores de la valía, en todos los sentidos, del obispo de Le Mans, con consentimiento unánime lo eligieron arzobispo, tomando posesión de su cargo en 1125, cuando ya tenía 69 años.

A diferencia de su nombramiento como obispo de Le Mans, en el caso del arzobispado de Tours fue admitido con unánime consentimiento del pueblo y de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas. Hasta el propio rey de Francia Luis VI dio su aprobación a la elección, confirmada poco después por el Papa Honorio II. El ya citado Orderico Vital, en su *Historia ecclesiastica*, nos ofrece un encomiástico retrato de la actividad de Hildeberto como arzobispo de Tours³⁶, retrato magnificado por la “Vida anónima” ya citada³⁷.

la carta consolatoria (la 12 del libro I) que Hildeberto le dirigió al rey con motivo de la muerte de sus hijos, ahogados, al parecer, el 25 de Noviembre de 1120 y las números 13 y 20 del libro III, solicitando favores del rey.

36 X, 6 (= *Pat. Lat.*, 188, 0732C): *Hic mansuetus fuit ac religiosus, et tam divinarum quam saecularium eruditioni litterarum studiosus. Temporibus nostris incomparabilis versificator floruit, et multa carmina [0732D] priscis poematibus aequalia vel eminentia condidit, quae fervidus calor philosophorum subtiliter rimari appetit, ac super aurum et topazion sibi consciscere diligenter satagit. Eleganter enim et sapienter loquitur de Christo et Ecclesia, de corpore et anima, de gestis sanctorum et virtutibus eorum, de laude virtutum et vituperatione vitiorum. A Romanis cardinalibus, qui frequenter Galliarum plagas adeunt, quia mansuetos illic et obedientes sibi reperiunt, plurima Hildeberti carmina Romam transferuntur, quae dicacium scholis et didascalis Quiritum admiranda censentur. Hic sacer heros fere XXXV annis praesulatus officium exercuit, studiisque bonis in docendo et faciendo specialiter institit.*

37 *Pat. Lat.*, 171. 0077B-0077C: *Et quidem, sicut dum esset Cenomanensis episcopus, nihil minuerat, eodem auctore teste, de cibi et potus parcimonia, de strati duritia, de cilicii asperitate, de vigiliis et orationibus, quibus forte dum monachus viveret, corpus domare didicerat; sic nec in archiepiscopatu, quamvis senio jam pene confectus, de solitis*

Pasando revista a la biografía de Hildeberto, parecería que estaba condenado a verse sometido a todo tipo de enfrentamientos con toda clase de autoridades políticas, y así vemos cómo, nada más llegar a Tours y tomar posesión de su nueva sede, se vio enfrentado al rey francés Luis “el Gordo” con motivo de dos nombramientos en su archidiócesis. La historia del conflicto la narra el propio Hildeberto en una carta al legado del Papa³⁸: estando vacantes dos dignidades en el arzobispado de Tours, una de archidiacono y otro de deán, el nuevo arzobispo recibió una carta del rey francés en la que le hacía saber que, sin conocimiento del propio arzobispo, el rey había otorgado tales dignidades a determinadas personas, al tiempo que le instaba a que sin demora procediera a su nombramiento. El arzobispo, sintiéndose preterido en un asunto eclesiástico, y decidido, como dice en su carta, a no ir contra Dios en un asunto de Dios, sabiendo que es mejor obedecer a Dios que a los hombres, se opuso a tales nombramientos. Tras diversas tentativas para llegar a un acuerdo con el rey, la conclusión fue que éste acabó confiscando no sólo las rentas de ambas dignidades sino incluso las de todo el arzobispado. La carta al legado termina rogándole que interceda ante el rey y calme su enojo, promovido por haber defendido el arzobispo lo que consideraba justo. En medio de toda esta controversia el arzobispo se vio solo, sin nadie, entre los hombres de iglesia de su archidiócesis, que saliera en su defensa:

sibi poenitentiae [0077C] exercitiis remisit. Sic semper sibi parcus, et naturae necessitatibus paucissima indulgens, erga pauperes rerum suarum profusus, in ecclesias munificus, omnibus humanus et gratus; sed erga populos curae suae commissos pastor semper exstitit vigilantissimus.

38 *Epistolae*, II 34, *Pat. Lat.*, 171, 0257B-0258C. El editor, Beaugendre, en nota nº 18, estima que se trataría de Gerardo, obispo de Angoulême, legado papal en Francia por aquellas fechas, pero el autor de la biografía de Hildeberto en la *Histoire Littéraire de la France*, XI, pág. 272, cree que más bien se trataría de Juan de Creme, que pasó a Inglaterra en el año 1125 y allí asistió a un concilio en el mes de septiembre.

los amigos han guardado silencio; los sacerdotes de Cristo han guardado silencio; silencio han guardado incluso aquellos con cuya ayuda el arzobispo esperaba recuperar el favor del rey: así se lamenta Hildeberto en una carta que, por no tener destinatario expreso, hay que entender que está dirigida a los miembros de la comunidad eclesiástica de Tours³⁹. De las vejaciones sufridas de parte del rey de Francia habla Hildeberto, igualmente, en una carta dirigida al propio Papa⁴⁰, en la que se justifica de la actitud que había mantenido en la cuestión de los nombramientos⁴¹.

Hildeberto también se vio involucrado en las contiendas surgidas a propósito de la elección del nuevo Papa tras la muerte de Honorio II el 23 de febrero del año 1130. Una parte de los electores se inclinó por Gregorio, cardenal de Santo-Ángel, que adoptó el nombre de "Inocencio II"; otros se inclinaron por Pierre de León, que asumió el nombre de "Anacleto". Inocencio, sintiéndose indefenso en Roma, se refugió en Francia, siendo allí reconocido como legítimo Papa. Nuestro arzobispo se vio fuertemente presionado, sobre todo por Gerardo, obispo de Angoulême, para que formara parte de los defensores de la candidatura de Anacleto, pero la intervención de san Bernardo, quien escribió al arzobispo de Tours una carta defendiendo la

39 *Epistolae*. II 33, *Pat. Lat.*, 171, 0256B-0257B.

40 *Epistolae*, II 38, *Pat. Lat.*, 171, 0262A-0263C.

41 Las malas relaciones entre Hildeberto y Luis "el Gordo" parece que todavía estaban vigentes en el año 1129, pero hay que pensar que en ese mismo año mejoraron pues el arzobispo fue invitado por el rey a asistir a la coronación del príncipe Felipe, su hijo, que tuvo lugar el día de Pascua, 14 de abril de ese mismo año. Así se deduce de la carta de Hildeberto al Papa Honorio II (*Epistolae*, II 40, *Pat. Lat.*, 171, 0264B-0265A), en la que el arzobispo le hace saber que no ha podido ocuparse del encargo que el Papa le había encomendado (intervenir en el asunto del matrimonio de Hugo de Craon con Inés de Laval) porque había tenido que acudir a la ceremonia de la consagración del príncipe. Hay que pensar que dicha ceremonia marcaría el inicio de la reanudación de las buenas relaciones entre el arzobispo y Luis "el Gordo".

elección de Inocencio II⁴², inclinó la voluntad de Hildeberto en favor de este último.

San Bernardo debía de tener en alto aprecio a nuestro arzobispo; ya en la dirección de la citada carta lo califica de *magnus sacerdos et excelsus in verbo Hildebertus*, y en la carta anterior de la colección, la 123, que está también dirigida a Hildeberto, dice de él que es *vir totius reverentiae*. Las alabanzas de san Bernardo están en la línea de otras grandes lumbreras de la época, como Yves de Chartres, Marbodo de Rennes, y otros muchos excelsos personajes que mantuvieron correspondencia epistolar con el arzobispo de Tours.

3. ACTIVIDAD PASTORAL DE HILDEBERTO

Si grande fue la actividad de Hildeberto como hombre de letras, incesante su preocupación por el bienestar material⁴³ y espiritual de sus feligreses y constante su dedicación a la guía espiritual de numerosas damas de la alta sociedad, no fue menor, a pesar de los incesantes enfrentamientos con los poderes políticos del momento, su participación en múltiples reuniones con todo tipo de autoridades eclesiásticas y concilios, y todo ello en medio de un incesante intercambio epistolar⁴⁴.

Destaquemos ahora un par de tales actividades: Hildeberto, director espiritual e Hildeberto, promotor de sínodos y concilios.

Tenemos numerosos testimonios de cómo Hildeberto desarrolló una intensa actividad como director espiritual de

42 *Epistolae*, 124, *Pat .Lat.*, 182, 0268B-269C.

43 Plasmada en la reconstrucción de iglesias, especialmente la catedral, así como de edificios públicos y casas particulares de la ciudad.

44 Se puede afirmar, sin la menor exageración, que su producción epistolar constituye uno de los monumentos más valiosos del género de toda la Edad Media,

diversas damas de la alta sociedad de la época, plasmada en una serie de cartas que constituyen una parte selecta de su ingente epistolario. Diecisiete son las cartas dirigidas a tales damas y que han llegado hasta nosotros: 12 en el Libro I⁴⁵ y 5 en el III⁴⁶. De ellas, 5⁴⁷ están dirigidas a Adela de Blois. Nacida en 1063, era la sexta de las hijas de Guillermo el Conquistador y de Matilde de Flandes, y hermana de Enrique I "Beauclerc". Casada con Esteban III, conde de Blois, con él tuvo 10 hijos. A instancias de su esposa, Esteban tomó parte en la Primera Cruzada, y durante su ausencia (1096-1098), Adela actuó como regente. Esteban volvió a emprender un segundo viaje a Jerusalén (a. 1100), actuando de nuevo Adela de regente, muriendo Esteban en la batalla de Ramleh (19 de marzo de 1102). Tras la muerte de su esposo y siendo sus hijos menores de edad, Adela siguió actuando como regente hasta la mayoría de edad de su hijo Teobaldo.

Cuatro cartas⁴⁸ están dirigidas a Matilde, primera esposa de Enrique I "Beauclerc", rey de Inglaterra; Matilde era hija de Malcolm III Canmore, rey de Escocia, y de santa Margarita y como "Edith" (de Escocia) era conocida hasta que, al casarse con Enrique I "Beauclerc" y ser coronada reina, cambió su nombre por el de "Matilde". Las crónicas antiguas nos la presentan lavando los pies de los menesterosos y besando las manos de los enfermos en la iglesia de Lent (un recuerdo para Radegunda). Tras su muerte, fue recordada con los apelativos de *Matilde la buena reina* y *Matilde de bendita memoria*.

lo que explica que en diversas épocas de la misma sus Cartas constituyeron no sólo un documento histórico inapreciable, sino que fueron consideradas modelo y paradigma del género epistolar.

45 La 3, 4, 5, 6, 7, 9, 10, 13, 14, 18, 19 y 21.

46 La 2, 8, 11, 12 y 14.

47 Lib. I : 3, 4 y 6 ; Lib. II, 2 y 8.

48 Lib. I : 7 y 9 ; Lib. III : 11 y 12.

Dos⁴⁹ tienen como destinatarias a Inés, hija de Pedro, duque de Poitiers, casada con Hèlie, conde del Maine, tan ligado a la vida de Hildeberto, como hemos visto. Ahora bien, según la *Histoire littéraire de la France*⁵⁰, no es seguro que sea Inés la destinataria de esta carta, como tampoco Adela de Blois, como algunos han pretendido.

Otras dos⁵¹ están dedicadas a Adela de Louvain (también conocida como "Adelaida", "Adelina" y "Aalix"), segunda esposa de Enrique I "Beauclerc".

Y una sola a Matilde la "Emperatriz", hija de Enrique I "Beauclerc"⁵², casada, en primeras nupcias, con Enrique V (m. en 1125) y después con Godofredo V, Plantagenet; una a Matilde⁵³, esposa de Guillermo, hijo de Enrique I "Beauclerc"; Guillermo murió, ahogado, al zozobrar su barca. Una vez viuda, Matilde se retiró al monasterio de Fontevrault, del que llegó a ser abadesa. Otra a una monja innominada⁵⁴; y, finalmente, una a Athalisa Reclusa⁵⁵.

En todas ellas Hildeberto reconforta, anima, da sabios consejos; en una palabra, dirige con sano criterio la vida espiritual de las destinatarias.

Por otra parte, grande fue la preocupación de Hildeberto por la defensa de la recta doctrina de la Iglesia, como vemos por su asistencia y participación en sínodos y concilios: a) el

49 Lib. I : 5 y 10.

50 X, págs. 282-3.

51 Lib. I, 14 y 18.

52 Lib. III, 14.

53 Lib. I, 13.

54 Lib. I, 19.

55 Lib. I, 21.

Sínodo de Reims en 1119; b) el Primer Concilio Lateranense en 1123; c) probablemente, el Sínodo Lateranense de 1116; d) en octubre de 1127 (siendo ya arzobispo de Tours) presidió el Sínodo provincial de Nantes, convocado ante la grave situación moral de la iglesia y la comunidad del lugar. En una carta al Papa Honorio II⁵⁶ Hildeberto da cuenta de las decisiones adoptadas en el concilio, carta a la que contesta el Papa⁵⁷ ratificando los decretos del concilio y animando a los interesados a cumplir con las decisiones adoptadas en el mismo.

4. HILDEBERTO, MISÓGINO

Conociendo a Hildeberto (su carácter combativo, su defensa a ultranza de la ortodoxia más estricta en el campo de la moral⁵⁸, su toma de partido a machamartillo de la “reforma gregoriana”), y, muy especialmente, el ambiente literario en que se mueven los distintos escritores de la época, ambiente plasmado en uno de los aspectos más combativos de la época, la misoginia más exacerbada, convertida no sólo en motivo sino hasta en género literario⁵⁹, lo más natural sería que esperáramos una intervención de nuestro autor en la persecución misógina. Y, en efecto, la tenemos: cuando se trata de pasar revista a las grandes firmas misóginas del período más antifeminista (ss. XI-XIII), nunca se soslaya la figura de Hildeberto de Lavardin.

56 *Epistolae*, II 30, *Pat. Lat.*, 171, 0253B-0254B.

57 *Epistolae*, II 31, *Pat. Lat.*, 171, 0254C-0255B. La carta es de fecha 20 de mayo de 1128.

58 Si la Carta de Yves de Chartres es auténtica, estaríamos ante la clásica postura rigorista del converso; si (como parece) es espuria, tenemos numerosos testimonios del propio autor que nos hablan de su integridad moral.

59 Y aquí tendríamos que estudiar las figuras más representativas de la misoginia de la época, como por ejemplo, la de un Marbodo de Rennes (h. 1035-1123), un Yves de Chartres (h. 1040-1116), un Baudri de Bourgueil (1046-1130), un Bernardo de Claraval (1090-1153), o un Pedro el Pintor (1120-1197), etc.

Suyo es el poema *De tribus vitiis: muliebri amore, avaritia, ambitione*⁶⁰, en el que los primeros 28 versos son un eco de la mayor parte de los tópicos que la literatura misógina había venido acumulando antes de Hildeberto y seguirá acumulando después⁶¹. Presentamos la traducción de dichos versos ofrecida por Mercè Puig Rodríguez-Escalona⁶²:

Aunque muchas cosas suelen arruinar las vidas santas, lo que más profundamente las arruina es la mujer, la riqueza y el poder. La mujer, la riqueza y el poder, estímulos e instrumentos del mal, arrastran los corazones al crimen y las manos a las espadas. (5) Feliz aquel que con el ejemplo ha experimentado lo que la mujer es y aquel que con algún ardid escapa a sus engaños. La mujer, ser frágil, nunca constante sino en el crimen, nunca por propia voluntad deja de ser dañina. La mujer, llama voraz, locura extrema, calamidad sin par, (10) enseña y aprende todo lo que suele perjudicar. La mujer, mercado despreciable, ser público, nacida para engañar, piensa que ha tenido éxito cuando le es posible ser culpable. La mujer, triste yugo, lamento de la justicia y el derecho, cree que es infame cada vez que no realiza infamia alguna. (15) La mujer, enemigo tanto más penoso cuanto más íntimo, invita al delito con su favor, su voz y su mano. Consumiéndolo todo, todos los vicios la consumen y, saqueando a los hombres, ella misma se convierte en objeto de saqueo para los hombres. Debilita el cuerpo, destruye las riquezas, atormenta las almas, (20) procura dardos, arma manos, alimenta el odio, arruina ciudades, perturba reinos, quema casas y ella sola arrebató la esperanza de gran número de reyes, empuña armas. La mujer quitó la razón a Paris, la vida a Urías, la piedad a David y la fe a Salomón. (25) La mujer hizo degollar a Juan, condenar a muerte a Hipólito y a prisión a José. La mujer trama con su mente, pone a prueba con sus palabras y lleva a término con sus obras aquello por lo que, junto con ella misma, sucumben la ley y el pueblo.

60 Véase, en la citada edición de sus *Carmina minora*, el poema nº 50, págs. 40-42.

61 El poema tiene 66 versos (33 dísticos elegíacos); los 28 primeros, en efecto, dedicados a denigrar a la mujer; los versos 29-50 a criticar la avaricia y los 51-66 a mostrar las funestas consecuencias de la ambición.

62 *Poesía misógina en la Edad Media Latina (ss. XI-XIII)*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1995, pág. 159 (presenta, enfrentado a la traducción, el texto latino del poema). La autora, tras una "Introducción" en la que aborda la problemática de la producción misógina y pasa revista a los poemas y autores cuyo texto y traducción

5. OBRAS DE HILDEBERTO:

a) Las ofrecidas por la *Patrologia Latina*⁶³ (ni están todas las que son ni son todas las que están⁶⁴):

Obras en prosa:

- *Epistolae*: 117, en 3 libros (cols. 0141A-0312C): I con 25 Cartas; II, con 53; III, con 39.

- *Diplomata*: 13 (cols. 0311C-0324A).

- *Supplementum ad Hildeberti Diplomata* (cols. 1783A-1784B).

- *Sermones*: 141, distribuidos en tres secciones: *Sermones de tempore* (1-54: cols. 0343A-0606A); *Sermones de sanctis* (55-87: cols. 0605-0752A); *Sermones de diversis* (88-141: cols. 0751-0950D). Más otros 3, añadidos a la colección.

- *Opuscula*: las dos hagiografías en prosa: *Vita sanctae Radegundis* (cols. 0967-0988B) y *Vita sancti Hugonis abbatis Cluniacensis* (recogida en el Tomo 159, cols. 0857 ss.).

- *Liber de querimonia et conflictu carnis et spiritus seu animae* (cols. 0989-1004A).

- *Moralis philosophia de honesto et utili* (cols. 1003A-1056B).

- *Tractatus Theologicus* (cols. 1067A-1154B).

- *De expositione Missae* (cols. 1153C-1176B).

va a ofrecer, presenta 25 poemas de la época (siglos XI-XIII), y ofrece una selecta bibliografía (págs. 257-264) sobre la misoginia en general y sobre los diversos autores estudiados en particular.

63 Tomo 171.

64 El "Monitum" que precede a los tres "Sermones" que aparecen tras el grupo de los tres libros de "Sermones" nos dice que Hildeberto escribió muchas más cosas que las que se han editado y que en la misma *Patrología* se editan (podía haber añadido, con igual razón, que obras que en la *Patrología* aparecen como de Hildeberto no son de nuestro autor): *hoc solum te, benevole lector, monitum velimus ita frequenter Hildebertum in epistolis de suis opusculis sermonem habuisse, ut nullum relinquat dubium, quin longe plura scripserit, quam quae hucusque juris publici facta sunt, quaeve hic nostro studio recenter comparata illi proveniunt (col. 0963).*

Obras en verso:

- *Libellus de quatuor virtutibus vitae honestae*, en dísticos elegíacos (cols. 1055C-1064C).
- *De mysterio Missae*, en dísticos elegíacos (cols. 1177A-1196A).
- *De sacra Eucharistia*, en hexámetros (cols. 1195B-1212D). Los hexámetros riman con rima bisilábica en consonante, dos a dos, en pareados.
- *Physiologus*, en hexámetros (cols. 1217B-1224B).
- *De ordine mundi*, en hexámetros leoninos (cols. 1223C-1234D).
- *De ornatu mundi*, en dísticos elegíacos (cols. 1235A-1238D).
- *Carmen in Libros Regum*, en dísticos elegíacos (cols. 1239A-1264A).
- *Diversorum Sacrae Scripturae locorum applicatio moralis*, en hexámetros y dísticos elegíacos (cols. 1263A-1282B).
- *Inscriptionum Christianarum libellus*, en hexámetros (cols. 1281C-1288C).
- *Versus de sancta Susanna*, en dísticos elegíacos (cols. 287D-1292D).
- *De Machabaeis*, en hexámetros (cols. 1293A-1302B).
- *Versus de sancto Vincentio*, en hexámetros (cols. 1301C-1308B).
- *Passio sanctae Agnetis*, en dísticos elegíacos (cols. 1307C-1314D).
- *De inventione sanctae Crucis*, en hexámetros (cols. 1315A-1322C).
- *Vita beatae Mariae Aegyptiacae*, en hexámetros leoninos (cols. 1321C-1340B).
- *Lamentatio peccatricis animae*, en dímetros yámbicos. Estrofas tetrásticas con rima bisilábica consonántica (cols. 1339B-1344).
- *Historia de Mahumete*, en dísticos elegíacos, en los que tanto el hexámetro como el pentámetro son leoninos (cols. 1345A-1366A).

- *Liber dictus Mathematicus*, en dísticos elegíacos (cols. 1365B-1380D).

- *Carmina miscellanea, tam sacra quam moralia, sive libellus qui dicitur Floridus aspectus*, colección de 104 poemas con métrica variada (cols. 1381A-1442B).

- *Carmina quaedam indifferentia*, 16 poemas en hexámetros y dísticos elegíacos (cols. 1441C-1448C).

- *Supplementum ad Hildeberti Carmina*, 9 poemas en hexámetros y dísticos elegíacos (cols. 1447C-1458A).

b) Ofrecidas por la crítica moderna

No hay investigador de la vida y obra de Hildeberto que no se plantee, de entrada, la cuestión más importante sobre nuestro autor: la autoría del mismo sobre la obra que se le ha venido, con más o menos acierto, atribuyendo, partiendo, como es natural, de la adjudicación que de sus obras hace la edición de la *Patrología*. Nosotros nos vamos a limitar a exponer lo que sobre el particular estima uno de los investigadores que más recientemente se han ocupado del tema, Armando Bisanti⁶⁵.

Se puede pensar que son auténticas las obras: *Tractatus de querimonia (...)*; *Lamentatio peccatricis animae*; *De ordine mundi*; *De ornatu mundi*; las biografías de santos (*Vita sanctae Radegundis*; *Vita metrica sanctae Mariae Aegyptiacae*)⁶⁶; sólo 9 (ne especifica cuáles) de la ingente colección de *Sermones*; las *Cartas*⁶⁷ y lo que Bisanti considera el «canon» de los *Carmina minora*: los poemas editados por A. Brian Scott, que ya han sido citados.

65 "Hildeberto di Lavardin. Vita, opere, problemi", *Quaderni Medievali*, 59, 2005, 310-328.

66 El autor no menciona en ningún momento la *Vita sancti Hugonis*, considerada por la crítica en general como auténtica.

67 Dado que no dice nada en contra habrá que pensar que admite como auténticas todas ellas, aunque hay autores que piensan que serían auténticas "la mayor parte de las mismas".

Como dudosas habría que considerar obras como el *Carmen in Libros Regum*; los *Epigrammata biblica*; el *De Machabaeis*, junto con los *Certamina* (o *Carmina septem fratrum Machabaeorum*)⁶⁸.

Decididamente no son de Hildeberto: la *Vita Mahumeti*⁶⁹; el *Physiologus*⁷⁰; el *Querolus*⁷¹ o el *Mathematicus sive Patricida*⁷².

6. LA BIOGRAFÍA DE SANTA RADEGUNDA

La crítica ha estimado siempre que dicha biografía es una obra auténtica de Hildeberto⁷³. Aunque el autor no lo diga, los investigadores están de acuerdo en afirmar que la redacción de la "Vida" debió de estar motivada, en cierto modo, por el deseo de su autor de ofrecer a las damas a las que dirigía espiritualmente un modelo de vida ejemplar: el de una reina que, dejando de lado los bienes y placeres del mundo, buscó la santidad en medio de las mayores privaciones y sacrificios de la vida conventual.

En realidad la obra de Hildeberto, como queda dicho, sigue fielmente los pasos de las biografías redactadas en su momento por Venancio Fortunato y Baudonivia, especialmente el primero,

68 Ambos títulos, considerados a veces como dos partes de la misma obra, han sido adjudicados por algunos a Marbodo de Rennes.

69 Que habría que adjudicar, tal vez, a Embrico de Magonza.

70 Atribuible a un tal Teobaldo.

71 No aparece entre las obras de Hildeberto de la *Patrologia*, pero en algún momento y por algunos investigadores ha sido atribuido a nuestro autor. Bisanti deja claro que la obra hay que adjudicársela a algún autor anterior a Hildeberto puesto que hay reminiscencias de la obra en algún autor anterior a él. Es más, podría tratarse, incluso, de algún escritor de época tardo-antigua, y en esta línea se han mencionado nombres como los de Rutilio Namaciano, Axio Paulo, Paladio, o incluso Aviano.

72 Hoy se piensa que su autor es Bernardus Silvestris.

73 Una descripción minuciosa del contenido y de su distribución en la obra la ofrece Mario Natali, art. c., págs. 250-255.

hasta el punto de que su aportación personal es mínima y reducida al aspecto puramente formal de la obra. Como él mismo dice en el "Prólogo", si se ha decidido a rehacer las "Vidas" anteriores, ha sido, especialmente, por ofrecer a los lectores de su tiempo la vida de la santa reina redactada más al gusto de los lectores de su época, ya que, dice textualmente, tanto Venancio Fortunato como Baudonivia, "al llevar a cabo la biografía, partiendo de unos ingredientes preciosos confeccionaron unos platos poco valiosos"⁷⁴. Ahora bien, a la hora de seguir a sus modelos, Hildeberto confiesa abiertamente que entre Venancio Fortunato y Baudonivia ha optado decididamente por el primero; y así dice en el citado "Prólogo": «manejando con toda diligencia sus escritos [los de Fortunato y Baudonivia], tomé la decisión de seguir a Fortunato, dotado de la mayor autoridad no menos por su vida que por su dignidad de obispo»⁷⁵. Lo curioso del caso es que, si es verdad que Venancio Fortunato estuvo ligado a la santa por los lazos de la más íntima amistad y desempeñó durante bastante tiempo el cargo de algo así como administrador o ecónomo del monasterio de la santa Cruz, no lo es menos que Baudonivia tenía a su favor el hecho de haber convivido con Radegunda entre las cuatro paredes del monasterio y, según interpretan los investigadores, debió de ser una de las dos religiosas a las que la santa comunicó algunos de sus secretos más íntimos y a las que pidió que no los divulgaran hasta después de su muerte⁷⁶. La distribución de la materia ofrecida por Hildeberto, en relación con sus modelos, nos ofrece el siguiente cuadro⁷⁷:

74 Como diremos en nota al pasaje en la versión de la obra, J. Mabillon lamenta que el resultado no haya estado a la altura de las pretensiones de Hildeberto, ya que en su trabajo sólo se puede encontrar la elegancia de su estilo.

75 *Eorum scriptis diligenter evolutis, Fortunatum sequi disposui, cui non minus ex vita, quam ex dignitate pontificis plurimum auctoritatis accedit* (Pat. Lat., 171, 0967A).

76 Véase el párrafo 52 de la biografía de Hildeberto.

77 La *Vita 1* y la *Vita 2* las consideramos, en su momento, divididas en capítulos. Al enfrentarnos a la biografía de Hildeberto, vemos que el autor ha

a) Materia propia de Hildeberto: parte del parágrafo 2; el 3; el 29; parte del 39; el 40; el 41, y el último, el 53⁷⁸.

b) Inspirada en la *Vita 1* (= Venancio Fortunato)⁷⁹: 2 = 2; 4 = 2; 5 = 3; 6 = 2; 7 = 3; 8 = 3; 9 = 4; 10 = 4; 11 = 5; 12 = 6; 13 = 7; 14 = 8; 15 = 10; 16 = 11; 17 = 9; 18 = 12; 19 = 13 y 14; 20 = 14; 25 = 21; 26 = 22; 27 = 26 y 25; 28 = 26; 30 = 17; 31 = 17; 32 = 19; 34 = 23 y 24; 38 = 23; 42 = 27; 43 = 28 y 29; 44 = 34; 45 = 31; 46 = 33; 47 = 33 y 30; 48 = 34 y 37; 49 = 33; 50 = 30 y 32.

c) Inspirada en *Vita 2* (= Baudonivia): 21 = 4; 22 = 5; 23 = 6 y 7; 24 = 7; 33 = 8; 35 = 9; 36 = 9; 37 = 9; 51 = 10; 52 = 20.

No parece que la preferencia de Hildeberto por el testimonio de Venancio Fortunato se debiera a la más segura información por él ofrecida sino, como él mismo reconoce, al hecho de que, por ser su autor obispo, tal testimonio gozaba de más autoridad. Aquí entramos en la tan debatida cuestión de la inmensa autoridad ligada a la persona del obispo, sobre todo a partir de la primera Edad Media, autoridad que dimana del importantísimo papel desempeñado por su figura no sólo en el ámbito de la vida eclesiástica, sino incluso de la vida social y política de la comunidad.

Ciñéndonos al tema que ahora nos ocupa, podemos aportar algunas circunstancias que justifican la actitud de Hildeberto. Cuando Radegunda (todavía reina y esposa de Clotario) acude al obispo Medardo para que éste le imponga el velo como religiosa, V. Fortunato nos dice que el obispo, en un principio altamente

agrupado los distintos párrafos en lo que él mismo denomina capítulos, en los cuales ha distribuido aquéllos podríamos decir que por materias, como se verá en la traducción. Con el fin de unificar la exposición de las tres biografías, identificamos los párrafos de Hildeberto con los capítulos de la *Vita 1* y de la *Vita 2*.

78 Adelantamos que en el texto de la *Patrologia*, en vez del número 53, que es el que corresponde a este capítulo, aparece, por error, el 55; el número de las columnas no sufre variación

renuente por la situación personal de Radegunda (casada y reina), al final se deja convencer cuando Radegunda entra en la sacristía, se viste el hábito de monja, sale a presencia de Medardo y le conmina: «si aplazas consagrarme y temes al hombre más que a Dios, que de tu mano, ¡oh pastor!, se te pida cuenta del alma de la oveja». Él, conmovido por el trueno de aquella sentencia, imponiéndole las manos, la consagró diaconisa»⁸⁰. Está bien claro que san Medardo, si se dejó convencer por Radegunda, fue por el temor que le inspiraban tanto sus palabras como su actitud dominante. Hildeberto no puede admitir que todo un obispo se deje amedrentar por la actitud amenazante y las palabras desafiantes de una mujer, por muy reina que sea, y así describe la escena: “volviendo después [Radegunda] a presencia del obispo, le dice: **(0974C)** “que el Señor Dios exija mi alma de tu mano, si temes más al rey de los hombres que al Rey de los ángeles”. Al oírla, el obispo le impuso las manos, no tanto asustado por su petición como vencido por su insistencia”⁸¹. Si Medardo cede es, a fin de cuentas, por no tener que seguir aguantando las imprecaciones de la santa⁸².

Otra circunstancia: en toda su biografía Hildeberto no alude en ningún momento a Maroveo, obispo de Poitiers, y a la patente confrontación entre éste y Radegunda, así como entre el obispo y el propio monasterio de la santa Cruz. No es el momento de detenernos a trazar, aunque sea someramente, la dura lucha entre ambas personalidades; lucha que, en definitiva, estaba centrada en torno a la cuestión de que el obispo de la sede donde residía el monasterio veía mermada su autoridad sobre el mismo. Pero

79 La cifra que aparece ante el signo de igualdad corresponde al párrafo de Hildeberto; la que sigue al signo, al capítulo de *Vita 1* y *Vita 2*.

80 *Vita 1*, 12.

81 Párrafo 18.

82 Esta es también la idea defendida por Mario Natali, art. cit., pág. 254.

bástenos aludir a dos momentos claves de esa confrontación: cuando Radegunda consiguió del emperador de Bizancio la reliquia de un trozo de la Vera Cruz, el obispo Maroveo hizo todo lo posible para que tan preciada reliquia fuera entronizada en la catedral de Poitiers, pero Radegunda, valiéndose del círculo de sus influyentes amistades y familiares, no paró hasta conseguir que dicha reliquia fuera entronizada en su monasterio, llamado hasta entonces de "Santa María" y denominado "de la Santa Cruz" a partir de aquella fecha⁸³.

Otra victoria (y ésta de inmensa transcendencia para la vida del monasterio) de Radegunda sobre Maroveo: el monasterio fundado por la ex-reina se regía por la Regla de san Benito y, por ende, estaba sometido a la autoridad y dictamen del obispo del lugar, lo que, dadas las pésimas relaciones entre ambos estamentos, constituía una fuente de confrontaciones. Ante tal situación, Radegunda no cejó en su empeño hasta conseguir que su monasterio pasase a regirse por la Regla de San Cesáreo de Arles (Regla confirmada por el Papa Hormisdas) que, en uno de sus artículos, pregona la independencia del monasterio en relación con el obispo del lugar, pasando a someterse directamente a la autoridad del Papa. Tal cambio en la Regla dejaba fuera y sin valor toda intromisión del obispo de Poitiers en la mayor y más importante parte de la vida de la comunidad. Maroveo debió de sentirse humillado ante tal situación. Él, por su lado, no había dejado de mostrar su disconformidad con la santa y su monasterio en todo momento: no asistió a la toma de posesión de Inés (la ahijada de Radegunda) como abadesa del monasterio; se ausentó de Poitiers cuando por fin hizo su entrada triunfal en la ciudad la sagrada reliquia de la santa Cruz, presidiendo la comitiva el obispo de Tours, Eufronio⁸⁴, y lo mismo hizo cuando murió

83 La entronización de la sagrada reliquia fue llevada a cabo el 19 de noviembre del año 569.

84 Eufronio fue encargado de presidir la entronización por el duque Justino, quien, a su vez, obedecía órdenes del rey Sigiberto, hijastro de Radegunda: véase *Vita 2*, 16.

Radegunda, para no tener que celebrar sus honras fúnebres, llevadas a cabo entonces por Gregorio, el obispo de Tours.

HILDEBERTO DE LAVARDIN:
VIDA DE SANTA RADEGUNDA

(0965)⁸⁵ PRÓLOGO A LA VIDA DE SANTA RADEGUNDA,
REINA DE LOS FRANCOS⁸⁶

(0965A) Es propio del hombre sabio calibrar sus fuerzas y no prometer nada que esté por encima [de las mismas]. Esta

85 La numeración entre paréntesis y en negrita corresponde a la de las columnas en la edición de la *Patrologia Latina*.

86 En el texto latino esta nota lleva la numeración 25-26. (En adelante, cada vez que el texto de una nota va encabezado con una numeración se entiende que es la nota que ofrece, en cada caso, la *Patrologia Latina*). En diversas ocasiones se da el caso de que el número que aparece en la nota no corresponde con el número de la columna del texto. Por otra parte, la particular disposición tipográfica de tal edición hace que a veces el orden de la numeración aparezca alterado. **(0965A)** “Esta Vida de santa Radegunda, hecha llegar, en otro tiempo, a nuestro compatriota el R. P. Mabillon por el R. P. D. Claudio Estefanotio, amantísimo de las antigüedades, el mismo Mabillon había tomado la determinación de publicarla en cuanto se le ofreciera la ocasión. Ahora bien, inmerso en ocupaciones de más enjundia, se limitó a introducir en ella el Prólogo del V. Hildeberto, en el t. I de sus *Analectas* y, **(0965B)** en un rasgo de amistad, puso en nuestras manos, dado que andábamos ocupados en investigar por doquier los tratados de Hildeberto, el opúsculo para que fuera publicado. Esta Vida de la santa reina el mencionado Estefanotio la había tomado de dos códices manuscritos de la mayor autoridad, pertenecientes a la Real Iglesia Colegiada de santa Radegunda de Poitiers, en el más antiguo de los cuales, en la primera página, se ve la imagen del obispo, revestido con sus sagrados ornamentos, el cual, de rodillas, ofrece el libro a santa Radegunda, coronada, revestida de una indumentaria negra y monjil, que permanece sentada, la cual está imponiendo una corona sobre la cabeza [del obispo], cubierta, ésta, con la mitra [observación nuestra: el texto, en realidad dice *capiti infulato*, lo que haría pensar en “cabeza ceñida con ínfulas o bandas”, pero la imagen en cuestión muestra bien claramente que lo que Hildeberto lleva en la cabeza es la mitra episcopal]; sobre ella, y en caracteres antiguos, aparece la siguiente inscripción: HILDEBERTUS EP. Al lado de la cabeza

precaución me la ha impuesto tu afecto, queridísimo Seimano⁸⁷, **(0966A)** porque he preferido pasar ante ti por un escritor ridículo antes que pasar por inobediente. En efecto, obedeciendo a tus exhortaciones, me he atrevido a escribir la Vida de la bienaventurada Radegunda, a pesar **(0967A)** de que entregarme a esta ocupación me lo impedía no tanto la torpeza de mi ingenio⁸⁸ como la actividad impuesta por la administración de mi

de la reina aparece escrito: S. RADEGUNDIS REGINA. Están [también] presentes dos monjas, vestidas, igualmente, con indumentaria negra, con estas palabras: S. AGNES **(0965C)** S. DISCIOLA. Al pie, en el margen se leen estos versos:

crimina pastoris tanti mercede laboris

Christus condonat, et eum regina coronat.

Quiénes son las monjas que acompañan **(0966A)** a santa Radegunda lo sabemos por Gregorio de Tours: de s. Disciola nos habla el libro VI, n. 9 de su *Historia Francorum*, donde se nos narra su preciosa muerte; de s. Inés, por su parte, el libro IX, n. 42, en donde, en la carta-testamento que allí se nos ofrece de santa Radegunda, se nos asegura que Inés fue consagrada abadesa por s. Germán, obispo de París. A ambas se les da culto, en calidad de santas, el 3 de Mayo en la iglesia de Poitiers, [como] lo hace notar nuestro compatriota Ruinartius **[0966B]** en sus notas a Gregorio de Tours, así que como santas son invocadas en las Letanías Pictónicas [de Poitiers], publicadas por Enrique Ludovico Castaneo, obispo de Poitiers. Esta estampa, como monumento eximio de la antigüedad, descrita gráficamente según el original, y siguiendo nuestras órdenes esculpida lo más exactamente que se pudo, estimamos oportuno que fuera expuesta al lector al frente de la página precedente”.

(a) “Se hace observar que en esta última edición de la Vida de la bienaventurada Radegunda se han añadido dos aditamentos: 1) la distinción de capítulos, con sus argumentos; 2) las notas tomadas de los *Acta Sanctorum* de los Bolandistas, Tomo III, mes de Agosto”.

87 Nota 27 **(0966B)**: “Mabillon, en el Tomo I de las Analectas, pág. 296, en vez de “Seimano” lo llama “Seimaro”, y en el Índice de ese mismo Tomo lo califica de “Pictaviense”. No sabemos si Mabillon le atribuye tal calificativo por su lugar de nacimiento o por algún cargo que ostentaba en la ciudad de Poitiers. Al menos entre los obispos Pictavienses no encontramos ninguno con tal nombre **(0966C)** y en esa época. Pero, según se desprende de este Prólogo, fue varón de gran autoridad al obedecerle con tanta diligencia el obispo Hildeberto y haberle encomendado su opúsculo con el encargo de corregirlo o suprimirlo”. BOLL [= Bollandistae].

88 El texto latino dice *ingenili*, indudablemente por *ingenii*.

diócesis⁸⁹. Ahora bien, confiando en el favor de aquel que torna elocuentes las lenguas de los niños⁹⁰, he acudido a los escritos de Fortunato y, al mismo tiempo, de la monja Baudonivia⁹¹, quienes, uno y otro, al llevar a cabo la biografía mencionada partiendo de unos ingredientes preciosos, confeccionaron unos platos poco valiosos⁹², como a ti mismo te parece. Manejando con toda diligencia sus escritos, tomé la decisión de seguir a Fortunato, dotado de la mayor autoridad no menos por su vida que por su

89 Nota 28: **(0967B)** “Por esta manera de hablar se deduce que esta Vida de s. Radegunda fue compuesta por Hildeberto cuando ya era obispo; por consiguiente, después del año 1097”. [Nota nuestra: la *Pat. Lat.* da, por error, la fecha de 1197, pero Hildeberto vivió entre los años 1055 y 1133; como ya queda dicho, en 1096 fue consagrado obispo de Le Mans, y en 1125, arzobispo de Tours]. Lo que no sabemos es si en aquella época [cuando estaba componiendo la biografía] gobernaba la iglesia de Le Mans o la de Tours”. [Nota nuestra: sin embargo, en el frontispicio de la “Vida” se nos dice que ésta fue publicada por Hildeberto, obispo Cenomanense = de Le Mans, lo que haría pensar que la obra estaría compuesta entre los años 1096 y 1125].

90 El texto de Hildeberto: *qui linguas infantium facit disertas*” se remonta al *Libro de la Sabiduría*, X 21: *quoniam sapientia aperuit os mutorum et linguas infantium fecit disertas. Salmos*, 8, 3, está en la misma línea: *ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem propter inimicos tuos* (palabras recogidas por Jesús en *Mateo*, 21, 16: *nunquam legistis: “quia ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem?”*). San Agustín incorporó el texto a sus *Confesiones* (VIII 5, 10) y tras él pasó al acervo común de los santos Padres.

91 Nota 29: **(0967B)** “Esto nos confirma la veracidad de las Actas, veracidad de la que hemos dado testimonio bajo el nombre de Fortunato y de Baudonivia, dado que ambas composiciones iluminaron la obra de Hildeberto”. BOLL.

92 Nota 30: **(0967B)** “En este pasaje Hildeberto califica las composiciones de Fortunato y de Baudonivia de *pretiosa parum fercula*, debido al hecho de que fueron compuestas con un estilo oscuro y bastante difícil; ahora bien, aunque Hildeberto, en no pocas ocasiones, suavizó el estilo tosco de ambos autores, sin embargo dejó algunos pasajes igual de oscuros, como Mabillon, en el Tomo I de sus antiguas *Analectas*, **(0968B)** se lamenta con las siguientes palabras: *yo esperaba que con la ayuda de esta obra se iluminarían algunas voces oscurísimas que nos salen al encuentro en Fortunato, en la Vida de Radegunda; ahora bien, puestos uno al lado del otro los escritos de Hildeberto y de Fortunato, he descubierto que Hildeberto o pasó por alto los lugares toscos o echó mano él mismo de las mismas voces, y que en Hildeberto no se puede encontrar otra*

dignidad de obispo⁹³. Ahora bien, he tomado la determinación de añadir algunos milagros, de los que ninguno fue tratado por Fortunato y que por su parte encontramos que la monja los confió al recuerdo; **(0968A)** de todas formas, no todos los milagros sino los más dignos de ser contados y que testimonian el mérito y el premio de la bienaventurada mujer. A quien quiera conocer los demás no le pesará leer los escritos de Baudonivia⁹⁴. Tú [por tu parte] mira por esta obrilla así elaborada, y que no venga a caer en manos ajenas antes de que, tras tu examen, merezca o, digna de ser rechazada, suprimirse, o, tras dada tu aprobación, ser ofrecida a las miradas del público. Me otorgarás una gran recompensa si sustraeas a los ojos de los hombres cuanto pienses que puede temer sus lenguas. Por lo que será propio no sólo de tu decisión sino también de la de aquellos que tú decidas que deben ser admitidos [en este trabajo], el sacarlo a la luz, corregido, o mantenerlo profundamente oculto si [se considera] defectuoso.

**(0967) COMIENZA LA VIDA DE LA REINA SANTA
RADEGUNDA,**

REDACTADA POR MONSEÑOR HILDEBERTO,
OBISPO DE LE MANS

cosa que no sea la elegancia de su estilo, cosa que no se encuentra en los libros de Fortunato y de Baudonivia. + Algunas voces bárbaras de las que se lamenta el docto J. Mabillon se hallan aclaradas en las notas de los *Acta Sanctorum* a la Vida de la B. Radegunda, tanto de la que es autor Fortunato como Baudonivia: Tomo III, Agosto, págs. 67-83". BOLL.

93 Nota 31: **(0968B)** "Con estas palabras queda refutada la opinión de aquellos que negaron a s. Fortunato la dignidad episcopal". BOLL.

94 El texto dice *volumina Baudonivia revolvere*, aludiendo al modo de leer de los antiguos, dando vueltas a la varilla en torno a la cual iban enroscados los rollos de papiro.

Capítulo primero⁹⁵ : *Patria de la santa, su estirpe real, su cautividad, su educación en la Galia y las pías obras que puso en práctica hasta en su pubertad.*

(967C) 2. Como atestigua la sagrada autoridad del Evangelio, *bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra* (Mateo, V 4); es decir, aquella tierra por la que suspiraba el Profeta: *mi porción, dice, oh Señor, esté en la tierra de los vivos* (Salmo CXVIII, 57)⁹⁶. Con esta esperanza la gloriosa y venerable reina, la bienaventurada Radegunda, consolándose de las molestias de su destierro, al perder la herencia temporal se hizo acreedora a la sempiterna. Turingia de nacimiento, de rostro elegante, insigne por su cuna, de ella se dice que fue más insigne por sus costumbres. No le dio esplendor una nobleza de nuevo cuño sino una derivada de sus propios antepasados. (967D) Su abuelo, de nombre “Besino”⁹⁷, y su padre, “Berectario”⁹⁸, alcanzaron, ambos, la dignidad real. Teniendo, como tenía, la bienaventurada virgen⁹⁹ una ascendencia sublime, brilló mucho más resplandecientemente por las antorchas de las virtudes que por las antorchas de las dignidades.

95 En el original, de los cinco capítulos en los que el editor ha distribuido la materia, sólo el primero ofrece la numeración en letra; los otros cuatro, en números romanos.

96 El texto de Hildeberto dice: *portio mea, inquit, Domine, sit in terra viventium* y remite a Salmo 119 (118) 57. Ahora bien, tal referencia ofrece el texto: *portio mea Dominus* [algunos manuscritos, *Domine*], *dixi, custodire verba tua*. Hildeberto ha hecho una simbiosis de 118, 57 y la expresión *in terra viventium* que, desconocida en el Nuevo Testamento, la encontramos con frecuencia en el Antiguo: *Salmos*, 27 (26), 13; 52 (51), 7; 142 (141), 6 y en algunos Profetas: *Isaías* 38, 11; 53, 8; *Jeremías*, 11, 19; *Ezequiel*, 26, 20; 32, 23; 32, 24; 32, 25; 32, 26; 32, 27; 32, 32.

97 Nota 32: (0967D) “Este rey es llamado por Gregorio de Tours, en su *Hist. Franc.*, II, 12, *Bisinus*; otros lo llaman *Basinus*”. BOLL.

98 Nota 33: (0968D) “el padre de nuestra santa es llamado por algunos *Beretharius*, como lo vemos por Gregorio de Tours”. BOLL.

99 Para referirse a Radegunda, niña, Hildeberto (capítulos 2-6) utiliza: *virgo* en 2; 3; 4; 5; 6; bis; *puella* en 3 y 4; V. Fortunato: *puella* en cap. 2; bis; *adolescens*, en

3. Más adelante, habiendo dejado atrás su infancia y **(0968C)** al ser devastada la región de Turingia por una invasión de los Francos, y siendo llevada ella misma, como cautiva, en compañía de los demás, en el sorteo de los cautivos ella vino a convertirse en el botín del rey Clotario; ella, que no iba a otorgarle a su tálamo, por su matrimonio, más que lo que iba a servirle de provecho por sus costumbres y su ejemplo. Con motivo de este acontecimiento, la muchacha, habiendo dejado atrás su patria Veromandis¹⁰⁰, por orden del rey fue trasladada a la “villa” denominada “Ateias”, con el fin de que allí fuera educada durante algún tiempo. Fueron puestos a su disposición cuidadores de honestísima vida y de altísimo abolengo, de modo que bajo su dirección aprendiera el cultivo de las letras, sin olvidarse de su honestidad; y no fue trabajo arduo la instrucción en los rudimentos [de las artes] liberales de aquella cuyos años y sexo se veían superados no menos por

cap. 2; *infantula* en cap. 2. Baudonivia no hace al caso porque no habla de esa etapa de la vida de la santa. Llama la atención la frecuencia con la que Hildeberto utiliza el término *virgo*. Y es que sabido es el interés de este autor por las vírgenes y la virginidad; a ésta alude en el parágrafo 6.

100 Texto de Hildeberto: (...) *puella patriam egressa Veromandis jussu regis deportatur in villa, cui Aleias nomen*. La interpretación más natural sería tomar *Veromandis* como complemento nominal de *patriam*, pero tal interpretación choca con: a) la patria de Radegunda era la Turingia: *Veromandis*, según el *Orbis Latinus* (= *Vermanduni*, *Veramandus*, *Viromandis* = *Vermand*, en el Departamento de Aisne) pertenecía a *Gallia Belgica*. Los *Veromandui*/*Viromandui* son mencionados por Julio César, *Bell. Gall.*, II 4; II 16 y por Plinio el Viejo, IV 106; b) por otra parte, la “villa” de Ateias/Ateies/Athies, a la que Radegunda va a ser llevada para ser educada, como dice el mismo V. Fortunato (cap. 2) estaba precisamente en la “región Veromandense”. Por consiguiente, hay que interpretar el texto de Hildeberto como que *Veromandis* se refiere a *in villa* (nótese el ablativo de lugar por el acusativo de dirección); es decir: *puella, patriam egressa, jussu regis deportatur in villa Veromandis cui Ateias est nomen*. Habría que traducir, pues: “dejando atrás su patria, por orden del rey fue trasladada a la “villa” denominada “Ateies”, en la región de Veromande”.

Sobre Veromandis y Ateias/Athies, véase las notas 22 y 23 de la versión francesa de *La Vie de sainte Radegonde du manuscrit 250 de Poitiers*. Édition et traduction du texte par Yves Chauvin et Georges Pon. París, Éditions du Seuil, 1995, p. 61.

la agudeza de su ingenio como por las notas distintivas de su castidad. En la virgen se anticipaba ya una cierta escrupulosa ancianidad¹⁰¹ y, a la hora de disponer su corazón para progresar, sólo la debilidad de su edad constituía un obstáculo. **(0968D)** Ahora bien, en medio de los aguijones de la edad y del sexo lo que aborrecía inexorablemente era las faltas de pudor, suspirando únicamente por la hermosura de las [buenas] costumbres. Por lo que entre otros progresos en el camino de la virtud, ponía su mayor interés en socorrer a los pobres, frecuentar las iglesias y tomar parte en los oficios divinos.

(0969A) 4. También tenía por costumbre sustraer alguna cantidad de sus viandas de todos los días y suministrar a los necesitados abundantes restos [de comida]. Recogidos éstos diligentemente, dejando de lado el fasto regio, la niña los repartía entre los pobres reunidos. Su diligencia se veía realzada por su humildad, el premio aumentaba por su devoción, cuando la candorosa virgen, tras lavarle a cada uno la cabeza, les echaba agua en las manos, ella misma en persona les distribuía las viandas y extendía en torno la vista a fin de que nada le faltara a nadie. Después, con una compostura propia de un anciano¹⁰², y

101 El tópico del *puer senex* lo tratamos en profundidad en la amplia nota nº 14 de nuestro trabajo “Venancio Fortunato, *Vida de santa Radegunda*”, *Archivum*, LVII, 2007, 224-226.

102 De nuevo el tópico del *puer senex*. Texto de Hildeberto: *senili reverentia*; el de *Vita 1: cum gravitate matura*, que ha sido traducido: por Giovanni Palermo, *Venanzio Fortunato. Vite dei santi Ilario e Radegonda di Poitiers*, Roma, Città Nuova Editrice, 1989, ofrece: “con gravità di adulti”; Jo Ann McNamara, John E. Halborg y E. Gordon Whatley, editores y traductores al inglés de la biografía de Radegunda en *Sainted Women of the Dark Ages*, Durham and London, Duke University Press, 1992, “as somber as adults”; nosotros mismos, en nuestra versión del pasaje: “con una compostura propia de ancianos”. El Manuscrito de Poitiers ofrece de esta *Vita 1* un pasaje bastante diferente: Texto de *Vita 1: hoc etiam praemeditans cum Samuele parvulo clerico gerebat. Facta cruce lignea, praecedentem subsequens, psallendo ad oratorium cum gravitate matura simul parvuli properabant*. Texto del Manuscrito de Poitiers: *Hoc etiam cum Samuele sensato clerico consulebat, ut facta cruce lignea, eademque praecedente,*

en compañía de los niños de su edad, se encaminaba a la iglesia, por un lado a cantar los himnos y, por otro, a encomendar a Dios su castidad. Y con el fin de que alguna vez no cayera en el olvido la sentencia del Evangelio, *el que no carga con su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo* (Lucas, XIV 27), daba orden de que abriera filas una representación de la cruz **(0969B)** que su clérigo le solía hacer, de madera, para estos menesteres y que él mismo en persona transportaba¹⁰³. Tras llevar a cabo su oración, con su propio vestido limpiaba el pavimento y con un pañuelo aventaba reverentemente el polvo depositado en torno de los objetos sagrados, quitando toda la suciedad y el polvo que la incuria de los asistentes hubiese dejado.

5. Estos eran los juegos de la virgen; de tales costumbres se revistió su niñez; para con los pobres su afecto era afable; para con los afligidos, su compasión, admirable. Lejos de ella la tornadiza inconstancia, propia de la mujer¹⁰⁴; lejos el atractivo afectado. Ningún artificio en su rostro, ninguna vanidad en su conversación. Su porte no era fruto del cuidado sino de la propia naturaleza. En muy raras ocasiones se excedió más allá de lo exigido por la necesidad, tanto en la mesa como en su propio aderezo; y, si alguna vez se dio el caso, hay que achacarlo a su propia condición¹⁰⁵ **(0969C)** y no a una satisfacción en el placer. De este modo, ignorando los deleites en medio de los deleites, ninguna sospecha pudo recaer sobre su honestidad; nada que, como una deficiencia, pudiera amenazar sus costumbres.

simul parvuli psallendo ad oratorium cum mentis sobrietate subsequentes, reverenter proficiscerentur.

103 Nota 34: **(0969D)** “por el texto de Hildeberto entendemos mejor lo que de una manera un tanto oscura nos cuenta V. Fortunato al narrar este episodio”. BOLL.

104 Nos remitimos a lo que se ha dicho en la primera parte a propósito de la misoginia de Hildeberto.

105 Habrá que entender: “a su condición de reina”.

6. Así, pues, ella, sin haber llegado siquiera a sus años núbiles, consideraba que era escaso el premio de la virginidad si aquél no se veía acrecentado con la gloria del martirio¹⁰⁶. Mientras una virgen tan delicada arde en deseos de alcanzarlo, muchas cosas por encima de la justicia, muchas a causa de la misma justicia, se cuenta que soportó de manos de su propia familia¹⁰⁷. Ahora bien, siendo ya inminente la fecha en la que el mencionado rey Clotario había dispuesto tomarla en matrimonio, en medio de la noche, y en compañía de un pequeño séquito, huyó de Ateias¹⁰⁸, tratando de evitar, en una profunda determinación, aquella descendencia de la raza cuya procreación es un obstáculo para la honestidad, y el parto para la vida¹⁰⁹. Descubierta finalmente la virgen, es conducida a Soissons, donde habría de casarse con un rey mortal, (0969D) pero sin perder el favor del sempiterno.

Capítulo II: *Su boda con el rey Clotario y la piadosa vida que, mientras duró el matrimonio, llevó en palacio.*

7. Así, pues, unida sólo en apariencia a un príncipe terrenal, la noble reina comenzó a convertirse en [reina] celestial más que terrena. En efecto, celebradas las nupcias en el Señor, su alma no

106 Lo que se va a decir más adelante (parágrafo 29) sobre Radegunda y el martirio, queda ya apuntado aquí, cuando se está hablando, todavía, de la niñez de la santa.

107 Aparte las luchas fratricidas sufridas en su propia familia cuando Radegunda todavía estaba en Turingia, puede ser que aquí Hildeberto, adelantándose a lo que ocurrirá algún tiempo más tarde, se esté veladamente refiriendo al asesinato del propio hermano de la santa, ordenado, según todos los investigadores, por el mismo Clotario, cuando ya era esposo de Radegunda.

108 El texto de la *Patrología* trae entre paréntesis y en cursiva: *Athiès en Vermandois*.

109 La consideración de que el matrimonio y la descendencia es un obstáculo para la honestidad, así como la peligrosidad del parto, son una aportación personal de Hildeberto que, por supuesto, no se encuentran en sus modelos. Es además, una confirmación de lo que, en nota 99, hemos apuntado: el interés de nuestro autor por la virginidad.

se exalta por la gloria humana, no se quebranta por el placer, no se doblega por las seducciones. **(0970A)** En la reina fue constante el mismo desdén por el mundo, la misma humildad. Del [conjunto] de sus costumbres nada reivindicaron para sí ni las intimidades de la unión conyugal, ni el mando ni las riquezas. A la reina el disfrute de todas estas cosas le agradó menos de lo que le estuvo permitido¹¹⁰. Finalmente, estas tres actitudes las convirtió en instrumentos de (sus) virtudes al refrenar la impaciencia de su esposo con el ejemplo de su castidad, al poner su poder en favor de los reos, al acudir en ayuda de los pobres con sus riquezas. Pasando, así, por encima de los obstáculos sin quebranto de sus costumbres, vivió no para sí sino para el reino, no para el deleite sino para la virtud.

8. Desde su edad núbil su primera decisión fue que todo cuanto llegara a su poder, procedente de los tributos, todo ello¹¹¹ se pusiera al servicio de las necesidades de los indigentes¹¹².

110 A propósito del texto latino: *usus istorum reginae citra libuit*, la nota 35 de la *Patrología* hace observar que **(969D)** “parece que en este lugar Hildeberto toma *citra* por *minus*, por lo que podemos deducir del sentido; a no ser que *libuit* haya que tomarlo **(970D)** por *licuit*, de manera que el sentido sea: *usuum istorum reginae citra* (*id est ulterius* vel *magis*) *licuisse, quam libuisse*”. BOLL.

111 Texto de Hildeberto: *fuit autem prima ejus a virginitate sua dispositio, ut quidquid sibi a tributis accessisset, quidquid lege donationis, totum necessitati deserviret egenorum*, mientras que el de *Vita 1* (cap. 3) dice: *nam cum sibi aliquid de tributis accideret, ex omnibus quae venissent ante dedit decimas quam recepit*. Como vemos, los textos difieren notablemente: en la biografía de Hildeberto Radegunda da a los pobres todo lo que llega procedente de los tributos. (Ahora bien, un par de líneas más adelante se nos dice que, después de dar a los pobres, algo sobraba que se empleaba en beneficio de la Iglesia y en su cuidado corporal; luego todo no se daba a los pobres) En la *Vita 1* se nos informa de que a los pobres sólo se les daba la décima parte (el diezmo). Hay que interpretar que lo correcto es el testimonio de la *Vita 1*. Precisamente, a propósito del diezmo, Palermo, en la nota 13 de pág. 99 de su versión, nos dice: “de los tributos que llegaban al fisco real procedentes de los súbditos, la décima parte era entregada a la Iglesia, en correspondencia a las funciones que ella llevaba a cabo en favor de los fieles. De hecho la Iglesia no habría podido hacer frente al propio sostenimiento con la sola aportación de los fieles”.

112 En dos momentos de la Vida de Radegunda habla Hildeberto del admirable comportamiento de la santa para con los pobres, enfermos, etc.: a)

Ahora bien, de lo que sobraba una parte lo reivindicaba para la Iglesia, y otra parte para su cuidado corporal. **(0970B)** Éste, incluso, si tuviera presente la condición de la reina, estaba más bien al servicio del provecho que del ornato. Con toda solicitud atentamente indagaba en qué lugar yacían acostados los enfermos, qué podría faltarles y a quiénes de entre los cenobitas, qué tipo de soledad cultivaban los eremitas. A los que, de entre éstos, no podía visitar con su presencia, los visitaba con todo tipo de obsequios¹¹³. A unos ella misma les confeccionó vestidos, a otros les hizo llegar gran cantidad de alimentos. ¿Al lado de qué afligidos no estaba la reina? ¿Quién, estremecido de frío, no se calentó con las pieles de la reina? ¿Quién fue clamando tras la reina y quedó sin ser oído? ¿Que (don), desde las manos de la reina y en provecho del pobre, surgió más bien que fue ofrecido voluntariamente? ¿Qué día no juzgó como perdido aquel en el que ella no lo pasó poniendo remedio a la pérdida de las (buenas) costumbres? ¿Cuándo estuvo ocupada en su aderezo corporal de modo que no interviniera en los asuntos de los huérfanos? **(0970C)** Y, dado que había leído: *los labios del sacerdote custodian la ciencia porque es el Ángel del Señor de los ejércitos*¹¹⁴, su preocupación era asistir a los adoctrinamientos de los sacerdotes y encomendarse a sus oraciones. Ninguno de ellos se veía gravado con la exacción de impuestos; ninguno con la licencia de la potestad real; ningún

antes de su entrada en Religión: parágrafos 8, 9 (fundación en Athies del asilo para mujeres menesterosas) y 10; b) ya siendo monja (parágrafos 30, 31 y 32). En este tema, Hildeberto sigue el modelo de la *Vita 1*: V. Fortunato, igualmente, habla del comportamiento de Radegunda para con los menesterosos, por un lado, antes de entrar en Religión (cap. 3 y 4) y estando ya en el monasterio (cap. 17, 18 y 19). Por su parte la *Vita 2* menciona la actividad de Radegunda para con los pobres, antes de tomar el velo, en el cap. 1. También alude a tal actitud, cuando la santa está en el monasterio, en los cap. 8 y 10.

113 Nota 36: **(0970D)** "*benedictiones* es tomado aquí por "dones", "regalos/obsequios", que en otro sitio [parágrafo 32] son denominados *eulogiae*". BOLL.

114 La *Patrologia* remite a *Mal.* VII 7, pero es II 7. La cita de Hildeberto es: *labia sacerdotis custodiunt scientiam, quia Angelus Domini exersituum est*. La cita completa de

indigente había, a no ser aquel cuya pobreza no había llegado al conocimiento de la misericordiosa reina. Y es que creía que era sometida a juicio si, siendo ella una reina rica, los enviados del Señor le pedían limosna.

9. Más adelante, en medio de tan abundantes manifestaciones de sus virtudes, fundó un asilo en Ateias y lo dedicó a hospedaje de mujeres menesterosas; lo dotó, incluso, con sirvientes que se preocuparan de que no faltara nada a las pobres. Innumerables eran allí los vestidos de quita y pon, así como un ajuar apropiado, lo mismo para las que estaban con vida que para las difuntas. **(0970D)** La reina pensaba que algo faltaba a sus obras de misericordia si, a quienes se prestaba servicio estando vivos, no se les prestaba también una vez muertos. Viniendo con frecuencia al mencionado asilo, tenía por costumbre servir a quienes yacían en sus lechos, sentarse junto con las que estaban a la mesa, limpiar con unas gasas el pus que brotaba de sus úlceras, y con sus propias manos lavar sus llagas. Se rebajaba incluso a lavar con salutíferas decocciones las cabezas de las inválidas, reconfortando con ungüentos lo que consideraría que era horrendo de ver y horroroso de tocar. Ahora bien, a aquellas que necesitaban **(0971A)** una atención más diligente, la reina, como una criada, les preparaba el baño, soportando de la enferma, con toda paciencia, muchas incomodidades, incomodidades capaces de provocar la náusea a cualquier esclava. Tras el baño, y siguiendo la costumbre, les obsequiaba con una bebida; bebida que, al tomarla, reconfortaba a las que se habían aligerado con el baño¹¹⁵.

la Vulgata dice así: *labia enim sacerdotis custodiunt scientiam, et legem requirunt ex ore eius, quia angelus Domini exercituum est*, que E. Nacar/A. Colunga traducen por: "los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría y de su boca ha de salir la doctrina porque es un enviado de Yahvé de los ejércitos".

115 El texto dice, en género masculino, *quos solutos balneis sumpta potio confortaret*. Nos hemos inclinado por el femenino (dejando a un lado la consideración de que aquí el masculino pueda ser tomado como término no marcado de la

10. La reina, aplicándose sin descanso a estas ocupaciones, prefería servir a los pobres en una casa vulgar a actuar como dueña y señora en palacio. Pero, si deseas saber su comportamiento para con su marido¹¹⁶, de tal manera era complaciente con su esposo que no desagradaba al Creador de su Tálamo, escuela de pudor, morada desconocedora de la deshonestidad y el deshonor. En [aquella mansión] no había lugar para reunión de jóvenes, ninguna conversación enemiga de la virtud. Las sirvientas eran enseñadas, por lo que respecta a la castidad, más con ejemplos que con látigos. La vida de ellas era como si sus costumbres la propia reina las hubiera parido en su seno. **(0971B)** El Salterio sudaba entre sus manos, y todo el tiempo que el Salterio acompañaba al canto entre lágrimas y gemidos, la reina retrasaba [la hora de] tomar su comida. Ahora bien, al sentarse a la mesa, lo que tenía por costumbre era oír la voz de la naturaleza, [y] no prestar oídos al placer. En efecto, como sabía que el cultivo de los placeres está a dos pasos del pecado, prefería el agua al vino, y las legumbres a los manjares regios. Las legumbres se las ofrecía, a escondidas, un criado fiel y, apenas probadas, más bien parecía romper [con ellas] su ayuno que quitarse el hambre. No puede decirse cuántas veces se levantó de la mesa sin probar bocado, pensando que era una injuria a Cristo adelantarse a comer la reina cuando todavía no habían comido los pobres de Cristo. Incluso, aprovechando la ocasión, muchas veces, tras tomar un bocado de pan, abandonaba la mesa, con la intención de **(0971C)** entonar un himno a Dios o prestar el debido servicio a los pobres.

oposición masculino/femenino) ya que en todo el cap. 9 se está hablando de las mujeres recogidas en el asilo fundado por la santa en Athies. En todo el capítulo la distinción de sexo sólo está marcada, con género masculino, en la frase final.

116 El texto dice: *ea quae cura maritum gerebant*, pero los editores nos dicen en la nota 37 **(0971D)** que han dejado el texto como lo han encontrado en el manuscrito, pero que piensan que habría que leer: *quae circa maritum gerebat*. Con este ligero cambio el texto se aclara. Nosotros, en la traducción, hemos seguido esta interpretación.

11. ¿Y qué decir de sus relaciones en el lecho conyugal? Siempre accedió al mismo de modo que diera satisfacción a su esposo, pero sin dar cumplimiento a una seducción voluptuosa. Y es que, con el fin de que Satanás no tentara a su esposo, cumplió con el débito (conyugal) para con su marido, pero ella no lo exigió¹¹⁷. En todo ello, si alguna falta hubo, bien fuera por complacencia o por intromisión del placer, al momento se apresuró a borrarlo, no sólo con sus lágrimas sino infligiendo a su cuerpo un grave tormento. En efecto, poniendo una excusa para levantarse [de la cama], echaba sobre el pavimento un áspero cilicio y sobre él, desnuda, permanecía todo el tiempo hasta que, torturadas sus entrañas por el frío, estaba a punto de exhalar su espíritu. Así, la reina, cumpliendo con sus deberes matrimoniales, y al mismo tiempo conservando su honestidad,

117 Éste es un punto muy atractivo en la biografía de Hildeberto. Los mismos editores de la *Patrologia* lo reconocen con estas palabras en la nota 38: **(0972D)** *“haec clara Hildeberti phrasis omnino repugnat virginitati quam sancta regina in conjugio conservasse dicitur ab aliquibus scriptoribus”*. BOLL. Es interesante todo el capítulo “La mujer a los ojos de los clérigos” de Jacques Dalarun, en *Historia de las mujeres*. Dirección de G. Duby y Michelle Perrot. Vol. II, “La Edad Media”. Madrid, Taurus-Minor, 2000, págs. 41-71, pero creemos que el autor del artículo malinterpreta la posición de Hildeberto ante el tema de las relaciones conyugales entre Radegunda y Clotario. Dice el citado autor en pág. 55: “Hildeberto de Lavardin propone una nueva escritura de la vida de santa Radegunda (+587), mezclando las informaciones de sus dos hagiógrafos del siglo V (sic: la *Vita I* es del s. VI y la *Vita 2* del comienzo del VII), Venancio Fortunato y Baudonivia. La santa reina, contra su voluntad mujer de Clotario (+572), hijo de Clodoveo, se había retirado al monasterio convertido en el de Santa Cruz de Poitiers. A más de cinco siglos de distancia, tiene el valor de modelo para las matronas de la alta aristocracia con las que Hildeberto mantiene correspondencia. Estas reescrituras, como Jean-Ives se complace en destacar, no son nunca simple cambio de forma. En el texto inicial de Fortunato, el matrimonio de Radegunda, el lecho compartido no plantea problema. Hildeberto, por el contrario, insiste en la virginidad de la heroína antes del matrimonio, por disgusto del cual se aparta luego de su deber. Un buen número de hagiógrafos mediocres intentaron a continuación dar crédito a la idea de que Radegunda y Clotario no habrían consumado la unión. Hildeberto es quien abre esta vía”. Hildeberto dice, claramente, lo contrario y los editores de la *Patrologia* lo han puesto de relieve en su nota.

ni con su respeto defraudó a su esposo ni con su sensualidad (971D) disminuyó el bien del matrimonio. Hubo quienes decían que al rey le había sido asignada, como esposa, una monja más bien que una laica. Es más, el mismo rey, no llevando con buen ánimo aquel plan de vida piadosa, acusaba a su esposa de un tipo de religión fingida, añadiendo que aquel comportamiento severo de ninguna manera se compaginaba con el matrimonio y que era lícito el que la esposa, por su parte, tratara de complacer con más cariño al esposo y el esposo, por la suya, a la esposa. La hija de Cristo¹¹⁸, no volviéndose atrás de ningún modo de su sagrado propósito, trataba de endulzar con cariñosas palabras la amargura del rey.

12. Es más, en tiempo de Cuaresma, (0972A), entregándose con más intensidad a las vigiliias del [tiempo] sagrado¹¹⁹, acumulaba tormentos sobre tormentos, de modo que, instruida con ellos la carne, se viera obligada a ponerse al servicio del espíritu. Su rostro estaba pálido por culpa de los ayunos, y sus miembros, lacerados por el áspero cilicio, no sabían lo que era el descanso en medio de los tormentos. Tenía [la reina] una cierta amiga monja, Pía, tanto por su devoción como por su nombre, la cual, a escondidas, solía hacerle llegar el mencionado ropaje; ropaje que siempre llevaba adherido a su cuerpo por dentro, cubriéndose, por encima, la hija de Cristo con sus vestiduras regias. Tuvo por

118 La expresión *filia Christi* aparece repetidas veces en la biografía de Hildeberto. Aparte de la del texto la encontramos en los parágrafos 12, 16, 17, 21, 43, 46, 48 y 53. Es decir, en 9 ocasiones, circunstancia tanto más destacables cuanto que es desconocida de la *Vita 1* y de la *Vita 2*. En cuanto al nombre de "Cristo" aparece: 30 veces en Hildeberto: aparte de las 9 mencionadas en que aparece acompañado de *filia*, lo encontramos en parág. 10; bis; 12; 14; bis; ter; 15; 17; 18; 20; 24; 30; bis; 32; 38; 39; 40; 43; bis; 48; 51 y 52. En la *Vita 1*, en 17 ocasiones: cap. 1; bis; ter; 3; bis; 5; 6; bis; ter; 14; 26; bis; 27; 28; 35; 37; bis. Por su parte en la *Vita 2* no aparece nunca el nombre de "Cristo" pero en 2 ocasiones (cap. 19 y 28) encontramos el nombre de "Jesucristo", expresión desconocida de los otros dos biógrafos.

119 Hemos respetado el texto, que dice: *diutius sacri insistens vigiliis*, pero ¿no será: *sacris ... vigiliis*?

costumbre, sobre todo en aquel tiempo¹²⁰, recorrer en torno los santuarios cercanos de los santos y prever con diligencia el que ni las iglesias se vieran desprovistas de sus ornamentos ni los ministros de las iglesias de sus emolumentos. Se preocupaba también por hacer llegar, a cada uno de los altares, cirios que, según se decía, ella misma recuperaba con sus propias manos¹²¹. Ahora bien, en el momento en el que el sacerdote inmolvaba los sacrificios, recorriendo **(0972B)**, en una especie de pasión de su mente, el recuerdo de la pasión del Señor, quemaba, grato a Dios, el holocausto de su espíritu contrito. Y es que con tantos suspiros hacía vibrar al propio cielo, con un torrente tan grande de lágrimas se regaba, como si de nuevo Cristo fuera apresado por las manos de los judíos y de nuevo pareciera que era crucificado.

13. Ahora bien, una vez terminado el oficio de salvación, no regresaba a palacio antes de visitar, con piadosa curiosidad, acompañada de un pequeño séquito, los enfermos que yacían postrados en la vecindad. No sabía poner como excusa el mal tiempo ni ser retenida por la lluvia o la nieve. Por ningún tipo de incomodidades se dejaba conmover, con tal de prestar un servicio a las comodidades de los pobres. A unos la reina, reina pero humilde, les lavaba la cabeza; a no pocos les aderezaba el baño. A los que no tenían un lecho, o lo tenían demasiado duro, extendiendo un lecho de hierba o de plumas, preparaba uno más blando. **(0972C)** En tales menesteres pasaba el día, disponiéndose a volver a palacio bien entrada la noche. Es más, mientras ella, ocupada en tan bienaventurados asuntos, enlazaba retrasos más y más prolongados, eran enviados por el rey mensajeros que le dieran la orden de regresar cuanto antes; que le hicieran saber que el rey estaba sentado a la mesa y los magnates estaban esperando; pero ella ponía por delante de la orden del rey el servicio a los pobres, no queriendo regresar hasta no terminar lo que había

120 De Cuaresma.

121 Texto: *quae propriis ipsa manibus recuperare ferebatur.*

empezado. Al enterarse de esto el rey, se cuenta que, por un lado, lo soportó de muy mala manera y, por otro, increpó a la reina más de lo debido por volver tan tarde. Sin embargo, el rey, arrepentido después, le pidió, suplicante, perdón, acusándose sin cesar a sí mismo de haber afligido al Espíritu Santo y haber osado entristecer su templo. A sus súplicas añadió espléndidos regalos **(0972D)**, a fin de que, como si se tratara de la redención del exceso del marido, la fiel y entregada a Dios esposa los distribuyera entre los pobres. Hecho esto, de tal manera se calmó la indignación del rey que él mismo, ante tan gran devoción de su esposa, por un lado daba gracias a Dios, y, por otro, y con el fin de que ella pudiera acudir con más generosidad a las necesidades de los desheredados, dio orden de que le fueran adjudicadas aportaciones más abundantes.

14. Cuando llegaban a palacio sacerdotes de Cristo, y en la medida en que lo exigía un motivo acuciante, imploraba la ayuda real; con tan gran gozo exultaba como si fuera evidente que estaba presente el mismo Cristo. **(0973A)** Acogidos aquéllos con el honor que ella tenía ordenado, no sólo escuchaba sus palabras con la mayor devoción, sino que, sentados a la mesa, les servía humildemente, y no era fácil discernir si desempeñaba el papel de Marta más bien que el de María¹²². Asistía a las entrevistas de todos y se lamentaba de verse ella misma abrumada por las penas de todos; a ninguno le faltó su bendición; a ninguno su auxilio, una vez invocado. Lo único, lo que venía a ser un obsequio en beneficio de ellos, la reina reconocía que era concedido para su propio provecho. La administración de palacio, así como los

122 La *Vita 1* (cap. 17) alude a la similitud de Radegunda con Marta: “con los enfermos se afanaba como una nueva Marta”. La *Vita 2* (cap. 10) habla de una similitud de Radegunda con María, la hermana de Marta: Radegunda no tenía reparo en secar los pies, ya lavados, de los pobres con sus cabellos “siguiendo el ejemplo de María” (cfr. Juan 12,3). Hildeberto, como vemos, alude conjuntamente a las dos hermanas de Lázaro: Marta, hacendosa, activa; María, contemplativa.

asuntos de estado, no la apartaban, en absoluto, de su celo para con los sacerdotes, y, cuando éstos se marchaban, los acompañaba con lágrimas en los ojos, y les pedía que se dignaran acordarse de ella en el momento en el que el Hijo es inmolado al Padre¹²³.

15. Y no fue menor su preocupación por los condenados que, por sus propios crímenes, eran arrastrados a la cárcel o al patíbulo. Buscando su salvación, andaba de un lado para otro, **(0973B)** en favor de cada uno suplicaba a todo el mundo, recordando con frecuencia que convenía tener compasión de los reos de sangre cuando también por los reos había sido derramada la sangre del Redentor. Y con el fin de que su empeño por conseguir la piedad no resultara baldío, no cesaba de ablandar con sus halagos el ánimo del príncipe, hasta que el que había dictado una sentencia de justicia la dictara de misericordia. Ahora bien, en esta absolución de condenados tanto poder le concedió Cristo que, a su solo nombre, las cerradas cárceles se abrían de par en par, las férreas cadenas se soltaban, y salían sin sufrir daño los que por el dictamen de un tribunal habían sido condenados a muerte o a sufrir tormento.

16. Como, durante su estancia en la “villa” llamada “Perona”, estuviera dando un paseo en medio de la tranquilidad de la noche¹²⁴, unos reos, que, en cumplimiento de una condena, permanecían encarcelados en una prisión próxima, comenzaron

123 Nota 39: **(0973D)** “expresión típica de Hildeberto”. BOLL.

124 Dice el texto: *matura securitate*. El sintagma no lo hemos encontrado en ningún texto clásico ni medieval. La *Patrologia Latina* sólo registra el de Hildeberto. La *Vulgata* registra dos ejemplos (*mature* y *maturitas*) referidos a “noche”/“alba”, pero en el primero la *Vulgata* tradicional, en *Genesis*, 32, 22, dice: *cumque mature surrexisset* (que E. Nácar/A. Colunga traducen por: “y levantándose todavía de noche”), mientras que en la *Nova Vulgata*, 32, 23, se nos dice: *cumque nocte surrexisset*. El otro ejemplo es *Psalmi*, 119 (118), 147: *praeveni in maturitate et clamavi* (que los citados traductores traducen por, en una edición: “me adelanto al alba para implorar auxilio”; y, en otra; “muy de mañana vengo yo a implorar), mientras que en la *Nova*

a pedir a gritos que la reina acudiera en su auxilio. La hija de Cristo, al oírlo, **(0973C)** con toda diligencia preguntó qué era aquello y por qué se daban tales gritos. Los guardianes de la cárcel le mintieron diciéndole que se trataba de una turba de pordioseros que pedían algo de comer. La reina dio crédito a los agentes y les fue entregada la limosna que simulaban pedir. Recibida ésta, obligados por los guardianes con amenazas y azotes a no proseguir con sus gritos, guardaron silencio. Sin embargo merecieron que se les escuchara, gritando más devotamente con su ánimo que con sus palabras. En efecto, a la noche siguiente, mientras la reina se entregaba a sus oraciones acostumbradas, he aquí que la cárcel, por voluntad divina, se abrió de par en par, las cadenas se rompieron y salieron incólumes los que estaban destinados a las penas y a la muerte. Y con el fin de no parecer ingratos ante tan gran favor, prosternándose a los pies de la bienaventurada mujer¹²⁵, le dan las gracias, diciendo a voz en grito y públicamente **(973D)** que se habían visto libres de las cadenas por sus sagrados méritos.

17. Ahora bien, divulgado aquel milagro, la hija de Cristo no por eso se exalta por aquella gloria, sino que, al contrario, cubierto de rubor su rostro, manifestaba abiertamente que era indigna de que por su valimiento el Señor hubiera concedido a sus siervos

Vulgata se nos ofrece: *praeveni diluculo et clamavi*. En la *Nova Vulgata*, pues, habrían desaparecido los dos casos. J. Corominas/J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1ª edic, 1980, 5ª reimpr. 2001, s.v. "madrugar" hacen notar que "madrugar" < "madurgar" < * "maturicare" < "maturare", entre otras acepciones tiene la de "levantarse temprano". Y traen a colación (nº 16) las *Glosas de Silos*: "de maturi" = "de noche".

125 Hildeberto, para referirse a Radegunda, emplea el término *mulier* en 21 ocasiones, pero en ningún caso en pasajes anteriores a este parág. 16: 18; 20; bis; 23; 25; bis; 26; bis; 33; 39; 42; 47; bis; 50; bis; 51; 52; bis; 53 y bis; y el término *femina* en 6 ocasiones (todas a partir del parág. 29): 30; 43; 46; 48 y 50. La *Vita 1* sólo emplea *mulier* una sola vez: cap. 33 y *femina* en 4 ocasiones: cap. 4; 13; 26 y 37. Por su parte la *Vita 2* no emplea ni una sola vez ninguna de las dos expresiones.

el mencionado beneficio. Así pues, persistiendo en su humildad, contusionaba sus delicados miembros con reduplicadas torturas¹²⁶, convertida para con los pobres y la Iglesia de Cristo en tanto más pródiga cuanto más segura de la recompensa; por lo que, como en las festividades, según lo exigía su condición de reina, (974A) echara mano de vestiduras con incrustaciones de oro, y fuera alabada por las jóvenes de su entorno, suspirando profundamente se lamentaba de ser indigna de tales vestiduras, y, quitándoselas al instante, las dedicaba al culto y honor de cualquier iglesia. Es más, si llegaba a sus manos alguna joya, algún ornamento de púrpura, algún aderezo de valor, todo ello lo dedicaba a los altares sagrados o los ornamentos eclesiásticos.

Capítulo III: *Profesión monástica de la santa; su prodigalidad para con las iglesias; fundación del monasterio de monjas¹²⁷ de Poitiers, del que el rey se esfuerza en vano en sacarla y reconducirla a la vida matrimonial.*

18. Hasta tal punto creció el propósito de la reina que, depuestos los distintivos de su autoridad y conculcada la gloria mundana, lo que deseaba era ir, pobre, en pos de Cristo pobre. Para conseguir llevarlo a cabo, habiendo acudido a presencia del bienaventurado Medardo (0974B), le pidió el hábito de monja, así como su bendición. El obispo, oponiéndose a su petición, le dijo: “la sagrada ley del matrimonio no permite que se quebranten los vínculos de unas nupcias legítimas mientras la esposa, juntamente con el marido, estén con vida”¹²⁸. La bienaventurada

126 Nota 40: (0973D) “la palabra *disciplinae* (el texto latino dice: *teneros artus multiplicatis atterebat disciplinis*) aquí no significa flagelaciones espontáneas corporales, como pasó a significar en el s. XI, sino que *disciplina*, entre los escritores eclesiásticos de época anterior, venía a significar (0974D) cualquier mortificación corporal, como se puede ver en el Glosario de Du Cange, [*Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis*, Graz-Austria, Akademische Druck - U. Verlagsantalt, 1883-1887 = 1954], s. v. *disciplina*”. BOLL.

127 *Parthenonis*.

128 Nota 41: (0974D) “así pues, también Hildeberto consideró válido y legítimo el matrimonio de la santa con el rey Clotario”. BOLL.

mujer insiste [en su petición], y bañando su recatado rostro con gran abundancia de lágrimas, le suplica que le imponga el velo. En la iglesia surge un tumulto, y tanto el clero como el pueblo, de común acuerdo, se oponen al deseo de la reina. Unos magnates la apartan, a rastras, del altar sagrado al que ella se había aferrado, impidiendo en todo momento al obispo intentar imponer sus manos sobre la reina. Ella, al ver que tanto los nobles como la plebe se oponen a sus planes, penetra en la sacristía y, reafirmado su ánimo en relación con el nuevo plan, se colocó en la cabeza el velo religioso¹²⁹. Volviendo después a presencia del obispo, le dice: **(0974C)** “que el Señor Dios exija mi alma de tu mano, si temes más al rey de los hombres que al Rey de los ángeles”. Al oírla, el obispo le impuso las manos, no tanto asustado por su petición como vencido por su insistencia.

19. Así pues, la bienaventurada Radegunda, adentrándose por un arduo camino, las riquezas y los regios aderezos que le habían quedado tras salir felizmente de este gran y espacioso mar, los distribuyó a manos llenas entre los pobres y las iglesias. Después, una vez que renunció a su estado de reina, los vestidos que se ponía tras ser coronada los depositó en la mesa del Señor¹³⁰, esto es, un holocausto del agrado de Dios y lleno de gracia. Se cuenta que también un ceñidor de oro, así como unos brazaletes¹³¹ y unos pendientes, todo ello con incrustaciones de piedras preciosas, **(0974D)** los desmenuzó y los distribuyó entre los pobres. A partir de ahí, dando un paso más adelante, y habiendo penetrado en la celda¹³² de un santo [varón], recubrió

129 El texto de Hildeberto dice: *et animo in novum confirmato propositum capiti suo religionis habitum imposuit*. El de la *Vita 1* (cap. 12) es más claro: *quo sanctissima cognito intrans in sacrarium, monachica veste induitur*.

130 El altar: la *Vita 1*, cap. 13, dice: *ponit in altare*.

131 *Armillas*.

132 *Vita 1: cellam*; Hildeberto: *cellulam*.

y adornó los altares con alfombras, velos, fíbulas y mangas¹³³, todo lleno de incrustaciones de oro. Después distribuyó no menores obsequios entre diversos monasterios, sobre los que la opinión era tenida por excelsa e insigne bajo la dirección de padres dignos de veneración, a saber, el venerable Dadón y el santo Gundulfo. A continuación, en un propicio viaje en barco, se dirigió a Tours: hasta qué punto se mostró obsequiosa para con el sepulcro del bienaventurado Martín, cuántos holocaustos de lágrimas ofreció, **(0975A)** con qué suspiros conmovió al cielo, con dificultad el ánimo es capaz de percibir y la lengua de narrar. Atestiguan su devoción no tanto los ornamentos ofrecidos a cada uno de los altares como sus profundos gemidos y el pavimento, regado con sus lágrimas.

20. Ahora bien, tras hacer sus oraciones, llegó a Caudata¹³⁴, ofreciendo, también allí, donde el gloriosísimo confesor de Cristo y obispo Martín había entregado al cielo su bienaventurado espíritu, ricos ornamentos a la mesa del Señor. No lejos de allí había una "villa" de nombre "Suedas" (vulgo, "Saiz")¹³⁵, que había recibido en concepto de donación, a la que habiéndose desviado la bienaventurada monja y habiéndose detenido en ella unos cuantos días, he aquí que llegó a sus oídos que el rey quería hacerla volver a palacio, quejándose éste gravemente de que la majestad del reino se veía privada del consejo y la sabiduría de mujer tan excelsa. **(0975B)** Al enterarse de ello, la mujer consagrada a Dios se echó a temblar, y volviéndose a Dios toda ella, bañada en llanto, día y noche le suplica que no consienta que sea envuelta de nuevo en las seducciones del siglo. Decidió también que sus delicados miembros fueran quebrantados con suplicios más rigurosos, de modo que, si con sus súplicas

133 En el texto de *Vita 1*, cap. 13, *manicas* lo habíamos traducido por "manguitos", remitiéndonos (nota 51) a Aigrain, que habla de "manchettes".

134 *Cande* ofrece el propio texto entre paréntesis y en cursiva.

135 Saix.

conseguía poco, mereciera al menos el resultado de sus peticiones con su propia tortura¹³⁶.

21. Vivía por aquel entonces en el castro¹³⁷ de Chinon un varón justo y temeroso de Dios, llamado “Juan”¹³⁸, a quien, encerrado en un penoso ergástulo, su espíritu religioso le había dado a conocer y hecho famoso. A él le hizo llegar, a través de unos

136 En la *Pat. Lat.*, col. 0963, al terminar el texto de Hildeberto, el editor, en un *Monitum* informa de que, en otro manuscrito, hay un Prefacio que, entre otras cosas, nos cuenta un milagro (el milagro conocido como “el milagro de la avena”), que no figura en ninguna de las otras biografías. El milagro hay que situarlo en el momento en que Radegunda, después de haber tomado el velo de manos del obispo Medardo, y tras sus viajes a Tours, Cande y Suedas, ya en territorio de Poitiers, se entera de que su esposo Clotario quería hacerla volver a su vida matrimonial anterior. Y aquí comienza el relato del milagro: *Y, tal como lo sabemos por lo que nos cuentan los antiguos, la misma (0988A) bienaventurada, poniéndose en camino rápidamente, se encontró con un agricultor que estaba sembrando avena, al que se dirigió con estas palabras: “si alguien te pregunta si hace un par de días viste pasar a alguna persona, responde sin titubeos que nadie, desde entonces, ha pasado por este camino mientras tú sembrabas avena”. Y, por voluntad divina, la avena de tal modo creció que le permitió esconderse entre ella a la reina. Después, como el citado rey hubiera llegado a aquel sitio, preguntó al agricultor y éste punto por punto sagazmente le contó lo que de labios de la bienaventurada reina había oído. Entonces el rey, al enterarse de la respuesta del campesino, y viendo con toda claridad el encadenamiento del milagro, volvió la espalda, prefiriendo dejar libre a su propia esposa antes que ofender a la clemencia divina.*

137 Baudonivia, cap. 4, a la que en este momento sigue Hildeberto, dice *in castello*, que P. Santorelli, *La “Vita Radegundis” di Baudonivia*, Nápoles, M. D’Auria Editore, 1999, traduce por “nel castello”.

138 Se trata de Juan el Recluso. La nota 42 de la *Patrología* nos ofrece la siguiente información: **(0975D)** “se trata de un presbítero, bretón de nación, según nos dice Gregorio de Tours en su obra *De gloria confessorum*, cap. 23, que vivía en la mayor religión, encerrado muy estrechamente en una celdilla, cerca del oratorio o capilla que después se erigió bajo la advocación de Santa Radegunda, y en la que todavía ahora se visita la tumba del mencionado Juan, famosa por su santidad después de su muerte y por sus milagros, pero vacía desde el año 1565 en que los Calvinistas, tras exhumarlo, quemaron su cuerpo con profano incendio. Así nos lo dice nuestro Ruinartio en las notas a este capítulo”. BOLL. *La Vita 1* no hace mención de tal visita de Radegunda a Juan el Recluso.

fieles emisarios¹³⁹, un “felte”¹⁴⁰ de oro de gran valor, adornado admirablemente de piedras preciosas y margaritas, valorado en 1000 sueldos de oro, “felte” que todavía le quedaba de los ornamentos reales, **(0975C)** con el ruego de que rezara por ella y que sin dilación le hiciera saber si tenía alguna información acerca de la mencionada disposición del rey, bien fuera por algún fiable mensajero o porque lo previese en su espíritu. Tras oír tales súplicas, el varón de Dios pasó la noche siguiente dedicado a velar y a rezar. Al amanecer, sin tardanza hizo saber a la reina lo que llegó a conocer por la divina clemencia¹⁴¹, a saber, que de ninguna manera le estaba permitido al rey que la destinara de nuevo a compartir el matrimonio, por mucho esfuerzo que pusiera en el empeño. Es más, le envió a la hija de Cristo, tal como ella lo había solicitado, un vestido de cilicio con el que domeñar con una disciplina más intensa la rebelión de la carne.

22. Así pues, tras recibir, tanto el obsequio como el mensaje, la bienaventurada monja, dando gracias a Dios, se marchó a Poitiers, y enviando al rey, sin dilación, una carta, **(0975D)** le pidió que le construyera un oratorio junto a los muros de la mencionada ciudad. Su deseo fue escuchado y, por orden del rey, Pientio¹⁴², a la sazón obispo de Poitiers, y el duque Ostrapio¹⁴³ construyeron un monasterio en poco tiempo; la multitud de vírgenes acogida [a tal monasterio] **(0976A)** alcanzó el premio del ciento por uno

139 Baudonivia, cap. 4, dice que la emisaria fue la monja Fridevigia, *quam proximam habebat*, acompañada de sus fieles, *cum suis fidelibus*.

140 Ver lo que tenemos dicho, a propósito de “felte”, en la nota 48 de nuestra versión de la *Vita* 2.

141 El texto dice: *quae sibi divina innotuere elementia*, indudablemente por *clementia*.

142 Nota 43: **(0975D)** “su fiesta, como santo obispo, se celebra en Poitiers el 13 de Mayo. Sobre él y sobre el duque Ostropio o Austropio, véase Gregorio de Tours, *Hist. Franc.*, libro IV, cap. 18”. BOLL.

143 Baudonivia: *Austrapius*.

gracias a la doctrina y los ejemplos de la bienaventurada monja. Bajo la dirección de la abadesa del mencionado lugar¹⁴⁴, que por elección de la santa asumió el gobierno de las almas, puso su empeño en vivir de tal manera que se consideraba la más humilde de todas y la más insignificante de todas. Rivalizaba, ciertamente, en estar por debajo de todas en sumisión, pero al frente de todas en santidad.

23. Pero, puesto que es inevitable que sufran persecución aquellos que quieren llevar una vida piadosa, a la bienaventurada mujer no le fue permitido llegar en paz al deseado puerto de la emprendida navegación. El rey, siguiendo los consejos de algunos, se dispuso llevar a cabo lo que ella misma desde hacía tiempo venía temiendo, a saber, que la arrancara de los sagrados recintos¹⁴⁵ y le hiciera reanudar el vínculo matrimonial; y así, [el rey] con el fin de llevar inmediatamente a término **(0976B)** lo que en su sacrílega mente había concebido, tomó la decisión de dirigirse a Poitiers, llevando consigo a su hijo Sigeberto y al santo obispo de París Germán¹⁴⁶. Como ya llegara a Tours y la noticia de su llegada se extendiera por toda la provincia, la monja dirigió al mencionado obispo una carta¹⁴⁷ llena de ...¹⁴⁸, suplicándole que

144 Nota 44: **(0976D)** "a saber, santa Inés, mencionada más arriba, elegida por la propia Radegunda y a la que puso buen cuidado en que fuera entronizada, como consta por la carta de Radegunda dirigida a los obispos, como cuenta Gregorio de Tours en *Hist. Franc.*, IX, 42, y a la que ella se sometió y humildemente obedeció como a su superiora". BOLL.

145 *Officinis*.

146 Venancio Fortunato escribió su biografía, que puede verse en sus *Opera pedestria*, M. G. H., *Auctores antiquissimi*, T. IV, pars posterior, herausg. von Bruno Krusch, Berlín, 1885 (Nachdruck 1995), págs. 11-27.

147 Hildeberto dice: *plenos ... apices*, donde Baudonivia dice: *sacramentales ... litteras*. Sobre *apices* (*apex*, 2), Albert Blaise, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens*, Turnhout, Éditions Brepols, da como significado «carta».

148 Nota 45: **(0976D)** "aquí falta alguna palabra que, sin embargo, puede suplirse fácilmente del texto de Baudonivia, que denominó *sacramentales litteras* a

no consintiera en que el descanso de su vida contemplativa ya abrazada fuera inquietado con alguna molestia; que ella no podía preferir el rey de los hombres al Rey de los ángeles.

24. Leída la carta, el obispo, echándose a los pies del rey, le suplica que desista de su empeño, que no ponga su mano sobre la que está consagrada a Cristo y reverencie al Espíritu Santo, el cual se había construido una mansión propia en un vaso frágil. Es escuchada la interpelación del obispo (0976C), y puesto que había temido la violencia, no se sonrojó a la hora de confesar el delito¹⁴⁹. El rey¹⁵⁰ suplica ser perdonado y ruega ser ayudado por las preces de aquella de la que no mereció ser esposo. Ahora bien, con el fin de que, en adelante, nadie moviera al rey con consejos a emprender los mismos intentos, un terrible castigo cayó sobre aquellos, gracias a los cuales el rey había tomado la determinación de hacerla volver al débito conyugal. En efecto, el mismo final que de su propia locura había tenido el blasfemo e infeliz Arrio, ese mismo final sufrieron aquéllos, al desparramárseles las vísceras, sufriendo en sí mismos la divina irritación¹⁵¹.

Capítulo IV: *Austera abstinencia de la santa. Terrible castigo de su cuerpo y otras virtudes monásticas con las cuales resplandeció entonces el monasterio¹⁵² de Poitiers.*

aquellos *apices plenos* de firme propósito o intrépida constancia y cuyo significado nosotros mismos allí hemos explyado". BOLL.

149 El texto de Baudonivia (cap. 7) aclara el pasaje de Hildeberto.

150 El texto dice *potestas* frente a Baudonivia (cap. 7) que dice *rex*.

151 Baudonivia (cap. 7) es más explícita al narrar esto mismo: *sicut Arrius, qui contra fidem catholicam certans, omnia intestina in secessu dimisit, ita et de istis evenit qui contra beatam reginam egerunt*.

152 El texto ofrece *votissimum*, término no registrado por los Dicionarios al uso. El Du Cange registra el lema y remite a *votivus*, donde hay una referencia a Papías: *votissimum, quod jam dedicatum est voto*. Estaría, pues, por "monasterio" / "recinto sagrado".

(0976D) 25. A partir de ese momento la santísima mujer, desechando todo miedo, dio término felizmente a su carrera [y] conservó la fe, a la espera de que le fuera impuesta por Dios, el Señor, la corona de la justicia¹⁵³. Toda su atención estuvo fijada (0977A) en atormentarse a sí misma constantemente, servir como una esclava, sin descanso, a los pobres, guardar ininterrumpidamente la Regla conventual. Dividida entre tantos sentimientos, ella, una mujer, de tal manera se manifestaba toda entera en cada ocasión que daba la impresión de que prestaba una atención singular a cada uno en particular. En efecto, a partir del día en que renunció a la gloria de palacio, del escasísimo condumio con el que se sustentaba procuró dejar de lado una buena parte. A partir de aquel día no conoció ninguna pericia de las cocineras, ningún estímulo de la gula. A partir de aquel día, desdeñando incluso las delicias comunes, cumplió con la necesidad a base de legumbres y hierbas; incluso tales platos no conocieron el condimento del aceite ni el condimento de la sal. También tuvo pan, pero de cebada, pan que ella misma cocía. Este [pan], tomado una vez al día, era el que rompía su ayuno, [pero] no saciaba su hambre. En cuanto a la sed, encendida por la excesiva aridez del pan, la mitigaba con sorbos de hidromiel (0977B) o zumo de pera. Y es que, en cuanto al vino o a la cerveza, jamás hizo a ellos la menor alusión. Su pecho, endurecido con la ceniza y con un cilicio sobre él, lo que prometía era la cruz, no el descanso.

26. Ahora bien, a pesar de que los delicados miembros de la mujer apenas podían hacer frente a tantos y tan graves suplicios, la santa¹⁵⁴, en los días de Cuaresma, los aumentó para su [propio] castigo, y el Señor, para su corona. En efecto, en ese tiempo, y a

153 Cfr. II Timoteo, 4, 7-8: *cursum consummavi, fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona iustitiae*.

154 El texto latino vuelve a repetir, a corta distancia, *mulier*, por lo que hemos preferido traducir por “santa”.

excepción del día del Señor¹⁵⁵, se abstuvo de pan totalmente. En ese tiempo [de Cuaresma] se sustentó con una ligera refección [a base] de raíces y hierbas. Su austeridad no la mitigó con el añadido de sal o de aceite. Durante todo ese tiempo aplacó el ardor de la sed con un sorbo de agua pura y simple. En los únicos días en que, como se ha dicho, comía, tan parcamente se alimentaba que, lacerados sus labios por la sequedad, **(0977C)**, hasta perdió su antigua facultad de cantar los salmos. Ahora bien, sin desistir en su recitación por ninguna incomodidad, en la medida en que podía llevarlo a cabo, no cesaba de recitar el oficio divino. En medio de tales quebrantos de su carne, y entre tales atormentadoras torturas, muchas veces pasaba la noche sin dormir, en una continua oración. Como compañero de sus vigiliass, un incesante llanto y una meditación acerca de los gozos celestiales. Por otra parte, ascendiendo como con un cierto vuelo de su mente, de tal manera tomaba parte en los asuntos de los hombres como si tomara parte en los asuntos de los ángeles; disfrutaba y veía cuán suave es el Señor; suspiraba y decía: “su misericordia (*Vulg.*, “sabiduría”) no tiene medida” (*Salm.* CXLVI, 5).

27. Y, dado que el espíritu le enseñaba que el que más sufre más premio recibirá, a las penalidades de los ayunos **(0977D)** y de las vigiliass añadió el tormento de su propia carne. En efecto, exhibiendo ingenio a la hora de aplicarse castigos, hizo que le fabricaran una lámina de latón¹⁵⁶, la que tuvo por costumbre calentarla al fuego e imprimirla profundamente en sus delicados miembros, con el fin de, lo que hubiera delinquido voluptuosamente, purificarlo con la subsiguiente tortura. Este tormento se lo incrustó en la carne una y otra vez, persiguiéndose a sí misma con hostilidad, porque, tal vez sin haberlo querido, se

155 El Domingo.

156 Nota 46: **(977D)** a propósito de la palabra del texto latino *auricalco*: “otros escriben *orichalcum* o *aurichalcum*, que es una especie de metal conocido por otros diversos pasajes”. BOLL.

había complacido en la culpa. Incluso una Cuaresma, como le pareciera que no le bastaban los mencionados sufrimientos a la hora de merecer la gracia del Señor, se ciñó los brazos, juntamente con el cuello, con unos aros metálicos, (0978A) rodeándose el resto del cuerpo con una triple cadena. Sólo el peso del hierro constituía un grave suplicio, pero más grave [fue] la profunda incisión en la carne. Ésta sobresalió por encima del hierro y [la santa] soportó el martirio en secreto y sin testigos. Ya habían pasado los cultos cuaresmales cuando la necesidad, extrema, obligó a retirar el hierro incrustado en lo más profundo. Ahora bien, extraído el hierro con dificultad, tan gran cantidad de sangre brotó de su cuerpo lacerado que, desprovistas sus entrañas de la sustancia vital, estuvo a punto de exhalar su espíritu. De esta manera persiguiéndose a sí misma de día en día, vivió, en cuanto a sí misma, para el suplicio; en cuanto a las demás, para el ejemplo.

28. Después, en otra Cuaresma, inventó otro tipo de tormento contra sus miembros, tantas veces quebrantados. En efecto, da orden de que le sea llevado un recipiente lleno de carbones encendidos; manda que sus íntimas salgan, cierra la celda, se desprende del cilicio y, mujer fuerte por encima de mujer, (0978B) se arma para el suplicio. Poco le parecía el ofrecer a Dios, a diario, un corazón contrito, si no abrasaba también su carne en un voluntario holocausto. Así pues, preparado su ánimo para la cruz, se arroja sobre el fuego; busca los carbones más ardientes y, extendidos sobre ellos sus miembros, el fuego buscado rompe y penetra en su piel y en su carne. Por largo tiempo permaneció sobre el fuego, [y] su delicado cuerpo fue víctima de una profunda herida. El recipiente de bronce se vuelca sobre sus miembros; sus entrañas de consumen con el ardor. De lo que se trata es de que no¹⁵⁷ quede nada por abrasar, como si ella misma sintiera aversión por las partes no quemadas. Al tormento se añade, como una

157 En el texto hay, indudablemente, una errata: aparece *no* (*agitur no quid...*) por *ne*.

nueva tortura, la despreocupación misma por la carne quemada. La mujer pensó que su gloriosa victoria iba a permanecer oculta, pero la carne, gangrenada, con su hedor sacó a la luz el secreto martirio; la sangre, brotando de todo su cuerpo, sacó a la vista (0978C) lo que había callado la lengua.

29. ¿Quién osaría negar a Radegunda el premio del martirio? ¿Quién diría que aquí no se ha dado una espada, quién que aquí no ha habido un sicario? ¿Quién diría que aquí no hay un martirio en el que el torturador es una mujer; el instrumento, el fuego; el motivo, Cristo? Si lo que buscas es un verdugo, nadie más cruel para nadie que ella para sí misma; si lo que buscas es una espada, cuantos carbones, encontrarás otras tantas espadas; si el motivo, lo que se intentaba era ganar a Cristo. Piensen otros lo que quieran, pero yo no tendré el menor reparo en afirmar que Radegunda, lacerada por un áspero cilicio, consumida por unos continuos ayunos, quebrantada por el peso del hierro, abrasada con unos carbones y una lámina metálica al rojo vivo, mereció el premio de mártir¹⁵⁸ en la tierra y mereció obtenerlo en el cielo¹⁵⁹.

158 Nota 47: (0977D) “tal vez por éste o por otro razonamiento semejante (0978D) Bonino Mombritio puso al frente de las Actas de s. Radegunda el título de *mártir*”. BOLL.

159 Ya en la *Vita 1* hay alusiones directas a la voluntad de Radegunda de convertirse en mártir: cap. 2: siendo aún niña, deseaba, “si la suerte le deparaba la ocasión oportuna, convertirse en mártir”; cap. 26: al relatar el episodio de la lámina de latón incandescente que, como penitencia, Radegunda se aplica sobre su cuerpo: “su espíritu se arma para el suplicio, intentando, puesto que no eran ya tiempos de persecución, en hacer de sí misma una mártir”; cap. 29: ante el cúmulo de sacrificios, penitencias y torturas de la santa, el biógrafo tiene que reconocer: “si alguien quisiera contar de punta a punta todo lo que la santísima con fervor llevó a cabo en ayunos, actos de humildad, de caridad, de dolor y sufrimiento, tendría que proclamarla tanto confesor como mártir”. Por su parte, la *Vita 2* no alude en ningún momento al deseo de Radegunda de convertirse en mártir. En cuanto a Hildeberto, como vemos, ofrece toda una exposición de motivos por los que Radegunda debe ser considerada mártir. Remitimos a nuestro trabajo “El Prólogo de V. Fortunato a la *Vida de santa Radegunda* frente a los de Baudonivia e Hildeberto de Lavardin”, *Minerva*, 18 (2005), 171-186, especialmente págs. 176-177 y nota 19.

(0978D) 30. Tal vez alguien piense que aquella admirable mujer, agotada por tantos tormentos, se mostró reticente a la hora de poner en práctica las obras de misericordia. [Ahora bien], si alguien desea conocer su devoción en el ejercicio de esta virtud, que lea lo que va a seguir. Desde el momento que se despojó de reina y se revistió de humilde monja, durante todo el año, en la quinta feria¹⁶⁰ y el sábado, tras acoger a los pobres, les preparó el baño y un común refrigerio. Acogidos en la hostería, ella misma, con sus propias manos, les lavaba la cabeza; con sus uñas les raspaba sus costras, les limpiaba la suciedad, les extraía los vermes de sus úlceras, les frotaba con

Hildegardo, a la hora de pedir para Radegunda el título de mártir, fundamenta su petición en los exacerbados tormentos a los que la santa sometió su delicado cuerpo. El martirio había sido, en la primera época del cristianismo, el camino más directo y seguro para entrar en el catálogo de los santos; pero aquella época ya pasó desde que, por un lado, el emperador Constantino, y, por otro, el emperador Teodosio, no sólo habían dejado de perseguir a los cristianos sino que habían llegado incluso a otorgarles beneficios políticos. El camino, pues, del martirio le estaba vedado a Radegunda a la hora de aspirar a la santidad. El otro camino que habían seguido las santas mujeres, el de la virginidad, y, en su caso, el abandono del mundo y su retiro a un lugar apartado (unas veces, emparedadas; otras, en el desierto) tampoco podía ser seguido por Radegunda, obligada y constreñida por las particulares condiciones de su vida, esposa de rey.

Los hombres lo tenían más fácil: para ellos, la senda a la santidad, en esa época, pasaba principalmente por su adscripción a la jerarquía eclesiástica; y así se ha podido decir que los obispos de los siglos V y VI, de los que se tuviera constancia de que no habían cometido un asesinato ni directa ni indirectamente, habrían acabado por ser tomados por santos, al menos en sus propias diócesis. Nos remitimos al trabajo de J. Tibbetts Schulenburg, "Sexism and the celestial Gynaecium - from 500 to 1200", *Journal of Medieval History*, 4. 2, 1978, 117-133, de quien tomamos el dato de que en el s. VI (siglo de Radegunda) el número total de santos es de 540; el de hombres solos, 494; el de mujeres, 46 (el porcentaje, pues, de estas últimas no pasaría del 8'5). De entre esos santos varones, la mayor parte eran obispos o abades. La inaccesibilidad de las mujeres a la jerarquía eclesiástica explica tal desproporción. Nosotros hemos cimentado en tales datos parte de nuestro trabajo citado en esta nota: "El Prólogo de V. Fortunato...".

160 El jueves.

aceite, y, más humilde que cualquiera de las humildes sirvientas, no consideraba vergonzoso ponerse al servicio de todas sus necesidades. **(0979A)** Incluso a las mujeres enfermas de las que entendía que necesitaban cuidados, las bañaba; a las escuálidas les daba friegas en los hombros, y procuraba aplicar a cada uno de sus miembros la correspondiente atención.

31. Indagaba con toda diligencia lo que le fuera necesario a cada uno, distribuyendo entre todos vestidos y zapatos¹⁶¹ en la medida en que los necesitaban. Y así pensaba que era una desconsideración no poner a su disposición asientos, no ofrecerles servilletas, no presentarles agua para lavarse las manos. Les ponía, incluso, los platos, escogiendo de antemano las mejores viandas y repartiéndolas entre los enfermos. Si alguien se veía abrumado por más graves incomodidades, ella misma les cortaba el pan y ella misma la carne. A algunos incluso les daba de comer con sus propias manos. Colgaba de su hombro un paño con el que limpiaba lo que se derramaba, bien fuese de la boca, bien de las cucharas. Le asistían, como acompañantes, unas muchachas, **(0979B)**, pero ninguna de ellas desempeñaba el papel de sirvienta. Radegunda ofrecía el cuidado que cada circunstancia pedía, comportándose según la necesidad lo exigía¹⁶². Radegunda se inclinaba ante los que estaban tumbados; permanecía en pie ante los que estaban sentados; ayunaba ante los que comían. Allí no surgía ningún alboroto, al imponer Radegunda, en cierto modo, el silencio monástico. Finalmente,

161 Texto latino: *sotulares*. Blaise, *Lexicon...* = 'zapatos'. Nota 48 de la *Patrología: (0979D)* "entre los escritores de la Edad Media se denominan, también, *subtulares*, con el significado de 'zapatos', tal como se puede ver en el Glosario de Du Cange". BOLL. En efecto,, el Du cange informa: "*sotulares*": vide "*subtulares*": *calcei, nostris "soulers" [pedulium genus, quibus maxime Monachi per noctem utebantur in aestate. Ita etiam passim nuncupantur calceamenta Episcoporum sacra peragentium]*. Papías: *subtulares, genus calceamenti, quasi sub talo proprie*".

162 El autor se explaya en juegos de palabras: *Radegundis curam qua tempus egebat, agebat; sicut necessitas occurrebat, discurrebat*.

terminada la comida, se apresuraba a la hora de retirarse a su celda, rogando que toda su actividad no sólo comenzara desde Dios sino que, una vez empezada, terminara a través de Dios. Todos los Domingos, como en los días señalados¹⁶³, otorgaba una comida a los necesitados. Ahora bien, como quiera que en tal día se imponía una celebración más solemne en las misas, después de repartir el primer plato, y tras¹⁶⁴ ofrecer a todos una primera bebida, se volvía a toda prisa al monasterio, dejando al frente de los pobres a unas muchachas que se ocuparan con diligencia del servicio emprendido.

(0979C) 32. Su aplicación a los leprosos era tan entregada como si no tuviera la menor duda de que era Cristo en persona quien estaba presente: tras acogerlos con todo cariño, ella misma, inmediatamente, lavaba con agua sus manos, no rehuyendo acariciar su piel lacerada con la imposición de las suyas propias. Es más, a aquellas mujeres cuyos rostros había llagado la terrible enfermedad mencionada no tenía ningún reparo en abrazarlas y en besarlas entrañablemente. Puesta, después, la mesa, con el fin de que no estuvieran sentadas sobre unos asientos demasiado duros o tuvieran los pies colgando, se ocupaba de que se extendieran asientos más muelles. ¿Quién negaría que Radegunda actuó de sirvienta de los acogidos leprosos? ¿Acaso rehuyó ofrecer una bebida aquella que no tuvo ningún reparo en ofrecer un beso?¹⁶⁵ **(0979D)** Nadie crea que Radegunda amó una corona tan tibiamente que temiera merecerla una vez ofrecida. Malamente estaría preocupada por el premio pues la donación de éste impide el premio a los otros; y lo impidió ella que, arremangada, sin enojo cumplió un deber enojoso¹⁶⁶. Ahora

163 Jueves y Sábados.

164 El texto latino ofrece: *per [post] oblatum*.

165 Juego de palabras: *offerre poculum (...) conferre osculum*.

166 El pasaje, propiedad exclusiva de Hildeberto, es no poco confuso y de no fácil interpretación.

bien, una vez que se levantaban después de haber comido, les hacía donación de la ropa que les fuera necesaria, al tiempo que besaba sus manos y les daba dinero. Dondequiera que se enteraba de que, fueran cuales fueran, se veía alguien postrado, víctima de las fiebres o de cualquier tipo de enfermedades, con toda diligencia procuraba ponerse al tanto de qué remedios podían serle saludables, qué alimentos comerían con más agrado, qué deleites podrían apetecer. **(0980A)** Jamás se negó a las peticiones de nadie, siempre que estuvieran de acuerdo con las circunstancias. Más de una vez sucedió que aquellos que, según constaba, hacía tiempo que padecían una enfermedad, recuperaban la salud perdida juntamente con sus regalos¹⁶⁷. Todos estaban estupefactos ante su munificencia y se admiraban de dónde sacaba tantas riquezas, desconociendo que se cumplía la promesa del Señor: “dad y se os dará” (*Lucas*, VI, 38).

33. De ahí que la que era rica para los pobres, se mortificaba a sí misma bajo una grave pobreza. El suntuoso aderezo lo persiguió con un odio inexorable, vistiéndose con ropas toscas con las que recubría el cilicio. Pudiendo, como podía, disfrutar de las cosas de valor, muchas veces se vio necesitada de ellas, consciente de que una de las virtudes es la pobreza, la cual es promovida no por la necesidad sino por la voluntad. Por ello, como en cierta ocasión le hicieran falta unas mangas¹⁶⁸, recortó una de sus caligas **(0980B)** para cubrirse los brazos. Bienaventurada mujer, que hasta tal punto quiso no nadar en la abundancia que no

167 Nota 49 a propósito de la palabra del texto, *eulogiis*: **(0979D)** “más arriba [parágrafo 8, con la nota 28 de la *Patrología*], Hildeberto, en vez de *eulogiae* había empleado *benedictiones*; ambas voces las empleaban los autores de la Edad Media para designar los dones y regalos”. BOLL.

168 Texto latino: (... *cum ei (...) manicae defuissent, unam de caligis suis in operimentum divisit brachiorum*). Se trata de las famosas *manicae*. Véase el cap. 19 y la nota nº 132 de Baudonivia (P. Santorelli, en su traducción del cap. 8, págs. 78-9, traduce *manicae* por “guanti” y *caliga* por “scarpa” (= “zapato”). El *Diccionario de la Real Academia Española* dice de “caliga”: (1) “del latín *caliga*, especie de sandalia

sentía ningún tipo de indigencia, de manera que no le parecía un verdadero pobre sino aquel que soportara la pobreza de las cosas junto con la pobreza del espíritu.

34. Por otra parte, en medio de sus desvelos por los pobres y las diarias torturas de la carne, ella era la primera que se levantaba a Maitines; la primera que se presentaba a las horas prefijadas; la primera que se apresuraba en dar cumplimiento a las órdenes que por ventura se daban. Y, si emprendía o llevaba a cabo algún acto virtuoso más tarde que las demás, inmediatamente se acusaba de negligencia, como si hubiera cometido un delito digno de castigo, no tardando en solicitar el perdón. Ahora bien, en el ejercicio de aquellas prescripciones que las reglas monásticas imponen a cada una, ella muchas veces cumplió el papel de las otras, pensando que se le habían pasado en la ociosidad (0980C) todos los días en que no hubiera aliviado el trabajo de las demás. A la hora de llevar a cabo las tareas de la cocina, jamás opuso ningún inconveniente, jamás presentó ningún pretexto. Una vez en ella, nunca se avergonzó de sacar la basura que a cualquiera de las sirvientas le daba repugnancia ver. Después, ella misma en persona extraía el agua del pozo; ella la acarreaba; ella encendía el fuego; limpiaba las escudillas; picaba las verduras, poniendo todo su interés en cocer debidamente y en repartir convenientemente las legumbres. Obedeciendo así las prescripciones de la Regla monástica, dio completo cumplimiento, sin la menor queja, a las imposiciones de la “semana”¹⁶⁹. Además, tenía por costumbre

guarnecida de clavos que usaban los soldados de la Roma antigua. (2) Cada una de las polainas que usaron los monjes en la Edad Media y posteriormente los obispos”.

169 Hasta que el monasterio de la Santa Cruz pasó a regirse, como queda dicho, por la Regla de san Cesáreo de Arles, estuvo sometido a la Regla de san Benito. En ésta, el capítulo XXXV está dedicado a *De septimanariis coquinae*, capítulo del que extraemos algunas prescripciones (traducción de la edición en la B.A.C.): “sírvanse los monjes mutuamente de modo que ninguno se exima del oficio de la cocina (...)” (párr. 1); “el que ha de salir de semana haga limpieza el sábado. Laven

limpiar a fondo todo el pavimento del monasterio, así como los lugares de trabajo¹⁷⁰, e incluso los lugares más recónditos, de modo que no se negaba a transportar los cestos llenos de basura ni a soportar su hedor. Con tal de padecer, (0980D) la pobreza le parecía riqueza; el trabajo, descanso; la afrenta, gloria.

35. Es más, cuando tomaba asiento en la mesa común, se le suministraba lo mismo que a las demás, pero no comía lo mismo, [sino que] la flor de harina esparcida, en realidad, por encima del pan de salvado¹⁷¹, la revolvía en los labios como si fuera la que iba a comer, cuando en realidad sentía el mal sabor profundamente [en el paladar]. Ahora bien, con el fin de no desfallecer totalmente

los lienzos con que los monjes se enjugan pies y manos (...)” (párr. 7-8); etc. Los oficianes de semana son denominados, en dicha Regla, *septimanarii*.

170 *Officinas*.

171 La nota 50 dice a propósito de la expresión *secundo pani* del texto: (0980D) “entre los Latinos se denominaba *panis secundus* al pan que tenía una mezcla de salvado”. BOLL. Por nuestra parte, añadimos: ver el cap. 35 de la *Vita I*. Los latinos distinguían diversos tipos de pan: *panis primus* (o *siligneus*, de trigo puro), *p. secundus*, *p. plebeius*, *p. castrensis*, *p. sordidus*, *p. rusticus*, etc. Lucilio, IV 15, 502, menciona un *farre aceroso* que, según los intérpretes, es el *panis secundus* aludido por Horacio (*Epist.*, II 1, 1123: (...) *uiuít siliquis et pane secundo*), que, por otra parte, parece que hay que identificarlo con el que describe Persio (III 112): (...) *populi cribro decussa farina*, y que M. Dolç (*A. Persio Flaco. Sátiras*. Edición, Introducción y Comentario por Miguel Dolç, Barcelona, C. S. I. C., 1949) traduce por: “harina pasada por un cedazo popular”, traductor que ofrece la siguiente información: se trataría de harina basta, con salvado, refiriéndose, por sinécdoque, a pan de calidad inferior, llamado *panis secundus* o *cibarius* (cfr. Horacio, pasaje mencionado; Cic. *Tusc.*, V 34) o, mejor, al *panis plebeius*: cfr. Séneca, *Epist.*, 119, 3: *utrum hic panis sit plebeius an siligineus* [= “fino”], *ad naturam nihil pertinet*. Cfr. George Converse Fiske, “Lucilius and Persius”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, vol. 40, 1904 (1909), 121-150. Sobre la identidad entre el *panis secundus* y el *dispensatorius* (y el *sordidus*) tenemos un texto de un antiguo intérprete horaciano: *opponitur primo, qui siligineus erat, et mundo, apud Vopiscum et Marculfum; et secundarius quoque ac sequens dicitur, Gall. Pain de mesnage, quo ut plurimum in familiis utuntur. Constantino Africano Comm. locor. Medic.*, l. 5, c. 15. *Minus est nutritivus et citius digeritur : quia multum furfureus est. Horat. l. 2 Ep. v. 123 : uiuit siliquis et pane secundo, etc.* – Los Romanos, por supuesto, preferían el pan blanco.

comiendo pan de centeno, tomaba una colación casi de ayuno. Finalmente, levantándose de la mesa, recitaba el himno a Dios, reservando el resto del tiempo a la lectura o a la recitación de salmos. Como hiciera un alto en la recitación de éstos, **(0981A)** había una de las monjas que recitaba los oráculos de las sagradas Escrituras; ella, escuchándolas con atención, instaba a las demás a que prestaran la máxima atención a la que estaba leyendo y en una actitud interior miraran por el espejo de sus almas, y cada vez que daban con un pasaje oscuro, lo aclaraba a las que no lo entendían e increpaba a las que no prestaban atención.

36. Transcurrida así la jornada¹⁷² en medio de tan bienaventuradas actividades, mientras las demás ya dormían, ella, con sus propias manos limpiaba y lustraba los zapatos de cada una, mirando diligentemente por aquellas que necesitaban unos nuevos. Por fin se iba a la cama, cama que, en la medida en que ninguna otra era más humilde, en esa misma medida ninguna era menos apta para el disfrute. Incluso durante ese tiempo tenía a mano una lectora, de modo que, al despertarse del sueño la bienaventurada monja, fuera alimentada con las delicias espirituales; y, si en algún momento la lectora guardaba silencio pensando que la santa, fatigada, descansaba **(0981B)** y se había quedado dormida, al momento oía que le decía: “¿por qué te callas? Lee, no te pares”. Es más, para que no hubiera la menor duda de que su corazón estaba en vela, mientras sus miembros descansaban con un corto sueño, incluso dormida recitaba (los) salmos, pudiendo decir con el Profeta: “la meditación de mi corazón está siempre ante tu presencia” (*Salmos*, XVIII, 15).

37. Ahora bien, se levantaba en medio de la noche, y hasta que la comunidad llegaba al monasterio, en medio de las lágrimas

172 *Diaeta*: con el significado de “jornada/transcurso del día” (cfr. Du Cange: “*diaeta*: 1 iter unius diei”) el término es desconocido del latín clásico. Los diccionarios del latín medieval ofrecen referencias apropiadas; por ejemplo, J. J. Niermeyer, *Mediae Latinitatis Lexicon Minus*. Leiden, E. J. Brill, s. v. remite a autores como Romualdo Salernitano, Alberico o Jac. de Guisia.

y del llanto se dedicaba a recitar salmos y a la contemplación. La contemplación de tal manera era reclamada por su alma que, aunque ausente con el cuerpo, con su espíritu sólo frecuentaba aquella ciudad en cuyas plazas resuenan todos los días las alabanzas. De sus deleites ella era presa por entero y su corazón no exhalaba otra cosa **(0981C)** que no fuera el néctar de las cosas celestiales y la gracia de los gozos. Por lo que, como cierto día quisiera llamar por su nombre a la portera¹⁷³, que pasaba a su lado, y le quisiera dar un encargo, en vez de dirigirse a ella por su nombre, la llamó "Aleluya", y cayó en este error otras muchas veces¹⁷⁴. Donde estaba su tesoro, allí estaba su corazón¹⁷⁵.

38. ¿Qué diré de las monjas enfermas, a las que visitaba todos los días Radegunda y, estando en ayunas ella, les preparaba los platos más delicados? Ella misma, sin rehuir ninguna incomodidad, fuera consecuencia de (la) enfermedad o del sexo, levantaba y lavaba a las enfermas, las llevaba y las traía¹⁷⁶. Ella misma les preparaba infusiones; ella misma, guisos, no dejando pasar nada que pudiera exigir la salud de las que estaban en cama. No menor fue su entrega ni menor su diligencia a la hora de acoger a los huéspedes. **(0981D)** Recibidos éstos en Cristo, ella

173 En la última nota del texto de la *Patrologia*, la 56, en la que se da información sobre algunos términos que para algún lector no demasiado versado puedan resultar poco inteligibles, se habla de la *posticaria* o *posticiaria*: "se dice de *postico*, que, según Papeas in *Vocabul.* es *latens ostium, sic dictum, quod remotum sit a publico. Posticiaria* es, pues, la que está al cuidado de recibir lo que se trae al monasterio y de sacar lo que debe sacarse, llamada, en lengua vulgar, entre las monjas, "la tourière", como lo demuestra nuestro Menardo en *Concord. Regul.*, cap. 61, párr. 14". BOLL.

174 La *Vita 2* nos informa de que la monja en cuestión se llamaba "Eodegunda".

175 Ni el texto ni los editores dicen nada, pero la sentencia pertenece al Evangelio: *Mateo*, 6, 21, y *Lucas*, 12, 4.

176 Una vez más Hildeberto se deja llevar de su afán de echar mano de los juegos de palabras: *languentes levabat et lavabat, efferebat et referebat*.

misma les lavaba los pies, les traía agua a los que se disponían a comer, y, finalmente, les suministraba todo aquello con lo que se atendía a la necesidad de los huéspedes. Y, si daba la casualidad de que el que se hospedaba era un religioso, le preguntaba con la mayor discreción acerca de sus costumbres, de sus aficiones, de su vida; y, si sabía que vivía sujeto a unas severas disciplinas, se sometía a sus reglas de vida y hacía uso de sus ejemplos para incrementar sus virtudes¹⁷⁷. Era de la opinión de que avanzaba menos de lo que es perfecto si en sus actos no brillaban los actos de todos los perfectos¹⁷⁸. De éstos hablaban sus propias obras; éstos los recomendaba ella a las vírgenes; de éstos decía que debían ser imitados. Nada, por otro lado, sugería a otras que no lo enseñara ella más con el ejemplo que con la palabra.

(0982A) 39¹⁷⁹. Toda su vida hablaba de santidad. Toda ella exhalaba olor a Cristo. Ninguna relación tuvo con los vicios, a no ser la animadversión [de que ella misma fue objeto]. El celo por la ley y una continua meditación de la misma promocionaron la conjunción de sus virtudes. Ningún acontecimiento, ya funesto, ya venturoso, aminoró nada en relación a ellas. En toda situación la

177 La actividad misericordiosa de Radegunda, así como el interés por acoger debidamente a los religiosos, está enclavada, como vemos, cuando la santa estaba ya en el monasterio. Ahora bien, la *Vita 1* habla del tema en el cap. 8, cuando todavía hacía vida conyugal con Clotario.

178 También aquí nos encontramos con el afán del biógrafo por echar mano de los juegos de palabras: *infra perfectum se credebat profecisse, nisi in actibus suis omnium refulgerent perfectorum*.

179 En los capítulos 39 y 40 Hildeberto da un repaso a algunas de las virtudes que adornaron a la santa. Por supuesto que también las otras "Vidas" aluden a esas y/u otras virtudes, pero *passim*, o no de una manera sistemática (la *Vita 2*, cap. 9, final, menciona una serie de virtudes en un texto tomado de la "Vida de san Cesáreo", I 53), como es el caso de Hildeberto, que alaba la prudencia, la humildad, la abstinencia, la afabilidad, la discreción, el agradecimiento, el ofrecimiento de perdón, el no consentir que en su presencia se difamara a nadie, terminando la relación con la afirmación de: "me agotaría si intentara pasar revista o exponer cada una de sus virtudes".

justicia estuvo salvaguardada en las manos de esta mujer. Nunca hizo mención del esplendor de su cuna, nunca de la gloria de su matrimonio. Los abrazos del rey, con los que ni siquiera cuando estaba cautiva fue seducida, más le dolía haberlos aceptado que haberlos rechazado¹⁸⁰. Habiendo tenido que aceptarlos, la pérdida del pudor la suplía con la prerrogativa de sus méritos. Atiende a sus costumbres, considera sus acciones, pasa revista a su continua penitencia, y necesariamente tendrás que reconocer que ninguna virtud le faltó a esta monja. En efecto, si no hubiera tenido prudencia, no habría puesto por delante de los perjuicios las cosas saludables, ni de las cosas que deben ser evitadas las que deben ser buscadas. Mediante la fortaleza **(0982B)** y la templanza, consiguió ser constante e igual consigo misma.

40. Ahora bien, en medio de tales virtudes, una especie de principado lo obtuvo la humildad, guardada hasta el final [de su vida]. Para todo el mundo es evidente que no le faltó humildad cuando pobre¹⁸¹, a la que, cuando tenía un cetro en su mano, ignoró la soberbia. Si de lo que se trata es de la abstinencia, bien poco concedió a la naturaleza, nada a la gula. Nadie más afable que ella, que, siendo reina, y ofendida, nunca buscó la venganza. En toda acción y en toda palabra aplicó la medida de la discreción, tuvo en cuenta las circunstancias, observó los límites de las cosas. Entre los suyos dio las gracias, pero lloró las injusticias de los otros. Herida, se mostró más pronta en ofrecer su perdón que pedirlo el que la había ofendido. Temió que Cristo se encolerizara si ella viera ponerse el sol estando encolerizada. En su presencia nadie difamó a otro impunemente. Me agotaría **(0982C)** si intentara pasar revista a cada una de sus virtudes. Encerrada estuvo en una celda hasta entregar a Dios su espíritu. Fue una piadosa carnífera y sacrificadora de su cuerpo, [permaneciendo]

180 Nuevo juego de palabras: *admissos potius doluit quam dimissos*.

181 Texto: *humilitatem quoque nemo patet pauperi defuisse (...)*. Uso extraño de *nemo patet*. *Pateo*, intransitivo, no se construye con un sujeto de persona.

en ello hasta infligir una injuria a la naturaleza, persistente en sus prolongados ayunos, desgarrada por el cilicio, atormentada por secretas torturas, intercedió ante Dios en beneficio de todos los órdenes de la Iglesia. Gracias a sus santísimas preces y a sus cartas, encaminadas a conseguir la concordia entre los príncipes enfrentados, las iglesias consiguieron el sosiego y a la patria se le restituyó la paz¹⁸².

Capítulo V: *Diversos milagros que Dios llevó a cabo por intercesión de esta santa.*

41. Por otra parte, consiguió de Dios tanta gracia que en su nombre sanaban los enfermos, se calmaban **(0982D)** los mares, se devolvía la vida a los muertos. Muchas veces sucedió que personas que venían sufriendo una larga enfermedad, al recibir los regalos de la santa recuperaron su salud anterior. Algunos, incluso, al degustar las hojas de unos árboles en las que ella había depositado sus manos, se vieron libres de sus fiebres cuartanas y otras enfermedades¹⁸³.

42. Vivía por aquella época en Francia una dama¹⁸⁴ cuyos ojos estaban sumidos en la oscuridad, debido a una inveterada ceguera. Habiendo llegado a sus oídos la fama de esta mujer, se hizo llevar a Poitiers de la mano de sus sirvientes. Al serle rogado

182 Los investigadores han puesto de relieve cómo Baudonivia se preocupó de resaltar la decidida voluntad de la santa para que reinara la paz entre sus hijastros y cómo sufría cuando estaban enfrentados. Véase el cap. 10 de la *Vita 2*. Esta actitud es la que está en la base del nombramiento de Radegunda como Patrona de Francia.

183 Tanto la *Vita 1* (a partir del cap. 27), como la *Vita 2* (a partir del 10), pasan a hablar de los milagros llevados a cabo por la santa directamente (en la primera se inicia el relato con la curación de la ceguera de la dama "Bella"; en la segunda con el milagro del barril de vino), frente a Hildeberto que, como acabamos de ver, antes de narrar el primer milagro, pone de relieve cómo por intercesión de la santa se llevaban a cabo todo tipo de milagros, especificándose cada caso.

184 La *Vita 1*, cap. 27, nos informa de que se llamaba "Bella".

a la santa monja que imprimiera sobre sus ojos la señal de la cruz, [ésta] se confesó indigna de que de su tacto se esperaran remedios de las enfermedades; pero finalmente fueron escuchados **(0983A)** los que devotamente suplicaban por la desgraciada. Ahora bien, dado que de las cosas que la divina gracia llevaba a cabo por su intercesión prefería que no hubiera ningún testigo más que si lo fuera el pueblo, da orden de que a altas horas de la noche le sea llevada la mujer; una vez ésta en su presencia, se postró ante las rodillas de la monja; se le imprimió sobre los ojos la señal de la cruz y, desaparecida la ceguera, recuperó la vista.

43. Una muchacha, de nombre "Fraiflidis", que era atormentada prodigiosamente por el demonio, por mediación de las manos de la mujer entregada a Dios mereció verse liberada y descansar.

A otra¹⁸⁵ igualmente le atormentaba una gravísima enfermedad al roerle un verme el interior de su espalda. Al suplicar por ella devotamente a Cristo la hija de Cristo, estallada la piel, salió fuera el gusano y en pocos días le fue devuelta, íntegra, la salud.

(0983B) Una de las monjas era presa tan fuertemente de la fiebre que, consumida ya por el fuego ya por el frío, totalmente desesperaba de seguir con vida. La esposa de Cristo ordenó que le fuera llevada a su presencia la que hacía seis meses que estaba postrada en cama; mandó, igualmente, que se calentara agua y que, una vez caliente, la llevaran a su celda. Sin dilación se llevan a cabo las órdenes de la santa monja. Después, hechas salir todas, coloca ella misma a la calenturienta en el baño; con piadosa complacencia restriega sus miembros, golpeando, al mismo tiempo, al cielo¹⁸⁶ con sus gemidos y su llanto. He aquí que la

185 "Leubila", según la *Vita 1*, cap. 28.

186 "Golpear al cielo". El texto dice: *coelum ... pulsans*. La frase está relacionada con *pulsare ianuam/ostium/fores*, típica de la comedia latina antigua: "llamar a la puerta/picar": cfr. Plauto, *Bacchides*, 579; 583 (*pulsatio*); *Rudens*, 332; y en la novela:

salud, en la que nadie esperaba, se presenta y la enfermedad, como si temblara de miedo ante el roce [de sus manos], en el mismo momento desapareció entre sus benditas manos. Pero [la enferma], recuperada su primitiva salud, al recibir el remedio hizo público el galardón¹⁸⁷.

(0983C) 44. La esposa de un tal “Inderedo”¹⁸⁸, habiéndole caído en suerte una fecundidad estéril, solía dar a luz en beneficio del sepulcro, no del marido; su progeñe, concebida en su vientre, invitaba a sus padres a unas exequias más bien que a una cuna. Por eso, aquella madre, aquel vientre desde siempre mal fecundo generador de muerte, al prometer un hombre, no era un hombre lo que exhibía. ¿Qué más [se podría decir]? Había llegado la hora de dar a luz y he aquí que la madre dio a luz un niño sin luz¹⁸⁹, difunto antes que engendrado. El padre, acusando a la naturaleza, salió al encuentro de la gracia: lleno de fe, y depositando en la sola Radegunda la esperanza de un heredero, envolvió el cuerpo sin vida con el cilicio de la santa. La idea bienaventurada mereció un feliz resultado: en efecto, en cuanto tocó la prenda, el niño abrió los ojos, se despojó del color letal (0983D) y, vuelto a la vida, es entregado al regazo materno el que desde el regazo materno había caminado hacia el sepulcro. El niño, abrazado, mitigó, por un lado, las angustias del parto y, por otro, la tristeza de la muerte.

45. Un criado de las monjas, de nombre “Floreio”, siguiendo una orden de la bienaventurada Radegunda, se hizo a la mar con

Apuleyo, *Metam.*, I 22: *ianuam (...) pulsare*; IX 5: *ianuam pulsat*; IX 20: *maritus adsistit suae domus ianuam. Iam pulsat*; IX 30: *forem pulsare*; Petronio, *Satyr.*, 92, 2: *ostium pulsat*. Aquí sería “picar con la oración las puertas del cielo/invocar insistentemente al cielo”.

187 La oración adversativa se explica por el interés de Radegunda, puesto de manifiesto otras veces por el biógrafo (lo mismo en *Vita 1* y en *Vita 2*), de que no se diera publicidad a sus hechos milagrosos.

188 *Vita 1*, cap. 34: “Anderedo”.

189 Nuevo juego de palabras: *in lucem sine luce protulit infantem*.

intención de pescar. Como se adentrara en alta mar, comenzó a encontrarse en peligro al desencadenarse una tempestad. Alzándose por todas partes el viento y levantando las olas sus crestas bien alto, daba la impresión de que viento y olas se habían juramentado para provocar un naufragio. Aterrorizado por todo ello, Floreio recurrió con insistencia al nombre de Radegunda: a Radegunda invoca, **(0984A)** repitiendo una y otra vez: “¡ayúdanos, oh santísima, puesto que estamos obedeciendo tu mandato”. Al pronunciar su nombre, la fuerza del viento amainó, las olas se apaciguaron, y Floreio, cumpliendo su deseo, arribó a puerto.

46. Grandes son las cosas que preceden, pero de ningún modo son menores las que siguen: la hija de Cristo dio orden de que un hermoso laurel fuera arrancado [de su sitio] y replantado delante de su celda; cumplida su orden, la raíz [del árbol], rechazando la tierra extraña, tras el trasplante se secó rápidamente. En cuanto la abadesa¹⁹⁰ lo descubrió, en plan de broma le dijo a la bienaventurada mujer: “hasta que no consigas de Dios que el laurel seco eche raíces en tierra, te dejaré sin comer”. Aunque la abadesa lo había dicho en plan de broma, aquélla, como si hubiera hablado en serio, mostró plena obediencia a su superiora. Y así, dicha una oración, al instante el laurel se revistió de verdor, **(0984B)** se cubrió de hojas nuevas y, profundizadas sus raíces, la fecundidad que había perdido por la violencia la recuperó por la gracia.

47. También a propósito de la esposa de “Carpentario”, cuyo espíritu había sido invadido por el maligno, la abadesa, más en plan de broma que en serio, le dijo a la bienaventurada Radegunda: “te excomulgo, Madre, si la pobre mujer, invadida por el demonio, no descansa, liberada, antes de tres días”. Pero tampoco estas palabras fueron dichas en vano y el resultado

siguió al instante¹⁹¹. En efecto, al día siguiente, mientras la monja rezaba con una intervención más intensa por la desgraciada, el demonio, saliendo [de la posesa] por la oreja, dejó libre el vaso que durante tanto tiempo había extenuado con constante presunción.

(0984C) Se trae a su presencia una otra misérrima, a la que, atormentada con igual tortura, el espíritu maligno le había arrebatado el descanso de su mente y de su cuerpo. Pensarías que el enemigo temblaba ante la presencia de la bienaventurada mujer, ante la que no pudo manifestarse a no ser con la mayor violencia. Presentada la desgraciada mujer, se le ordena que se prosterne en el suelo, de donde no debe ser movida hasta que recupere la salud y sea devuelta a los amigos. Las sagradas preces tuvieron este feliz resultado: el que, como la santísima mujer pusiera su pie sobre el cuello de la posesa, el espíritu inmundo, saliendo por los conductos inmundos¹⁹², abandonó a la mujer sana y salva.

48. Además, otra monja, allegada de la bienaventurada mujer, se lamentaba de haber perdido la visión al tener tapada la superficie exterior del ojo¹⁹³. Esta consiguió la curación al ponerse sobre el ojo el asenjo que, para que le sirviera de alivio¹⁹⁴, la santa

191 Texto latino: *fraelex effectus est indilate subsecutus*. Acerca de *fraelex* la nota 51 de la *Patrología* dice: (0983D) “no sabemos qué significa propiamente *fraelex* y en vano hemos buscado tal palabra en diversos léxicos. ¿Será un error del tipógrafo o del amanuense y *fraelex* estará por *felix*? La verdad es que en esta obra de Hildeberto (984D) se colaron no pocos errores, pero tales lugares dudosos sólo por conjetura se pueden aclarar toda vez que las *Acta s. Rade Gundis* sólo las tenemos en esta edición”. BOLL.

192 Nuevo juego de palabras: *per meatus immundos immundus egrediens spiritus*.

193 El texto presenta problemas de transmisión. Dice: *oculo superficies, contectum visum deplorabat amissa*. La *Vita 1* (cap. 34) dice: *cuius ex humore sanguis contexerat oculum*.

194 La *Vita 1*, cap. 34, dice que lo llevaba la santa para que le refrescara: *quam sancta circa pectus ut refrigeraret habuerat*. Sobre las propiedades del asenjo, véase, por ejemplo, Ignacio Abella, *La magia de las plantas*, Barcelona, RBA Libros, 2003, 259-261.

mujer (0984D) llevaba pegado al pecho. En cuanto se colocó las hojas, se vio libre del dolor y de la sangre¹⁹⁵, siéndole restituidos a la mujer, al mismo tiempo, la visión y el gozo.

Cierto día, mientras la monja rezaba en su celda, oyó las voces de gente como si llorara. Al preguntar qué sucedía, le dijeron que una de las monjas había fallecido y que las compañeras, con un delicado sentimiento, exhibían las muestras de cumplir con el deber de las honras fúnebres. Al oírlo, manda que le sea llevado el cuerpo exánime y que le sea mostrado en la celda. Entretanto, sin perder un instante, he aquí que le muestran el cadáver (0985A) y son obligadas a alejarse aquellas que habían transportado a la difunta. Así pues, alejados los testigos, cierra la celda, disponiéndose a rezar. Se prosterna en tierra¹⁹⁶, golpea el cielo con sus preces y su llanto¹⁹⁷, invita a la vida con sus lágrimas¹⁹⁸, conjeturando conseguir de la gracia lo que esperaba de la naturaleza. Irresistible es la verdadera religión que cambia las leyes y decretos de las cosas. Gracias a la religión se llevó a cabo que nada pidiera en vano a Cristo la hija de Cristo. Y así tampoco en esto se vio aquella frustrada en sus piadosos deseos, sino que tanta gracia encontró ante Dios que por sus méritos fue devuelta a la vida la que ya estaba destinada a la muerte. En medio del estupor de las que habían transportado el cadáver, la monja salió [de la celda] sana y salva, acompañando al convento a aquellas hermanas que antes la conducían al sepulcro¹⁹⁹.

195 En la *Vita 1*, cap. 34, se nos dice, como acabamos de ver un par de notas antes, que lo que tenía la enferma en el ojo era una "humor sanguinolento".

196 El texto dice: *humi genita deponitur*; y en relación con *genita* la *Patrología* ofrece la Nota 52 en la que los editores interpretan que (0985D) "*genita* Hildeberto la ha hecho derivar de *genu*, como se desprende por el sentido; lo que indica que la santa se puso a rezar o de rodillas o echada en tierra". BOLL.

197 El texto dice: *coelum pulsat*. Véase lo dicho en la nota nº 186.

198 Juego de palabras: *invitat vitam*.

199 Hildeberto no dice nada de lo que Radegunda hizo con el cadáver. La *Vita 1* nos informa de que la santa *fere per horas septem mortuae tractat corpusculum*.

49. Una de las monjas, de nombre “Animia” (0985B) , se encontraba hinchada a causa de una letal hidropesía²⁰⁰ y los médicos, convocados inútilmente, lo único que pronosticaban era unas exequias cercanas. Estando ya a punto, casi, de exhalar su espíritu, le pareció, en sueños, que la bienaventurada Radegunda, en compañía de la abadesa, visitándola, mientras estaba en la cama, la santa la introducía en una bañera, le ungía los miembros con aceite y, finalmente, la cubría con unas vestiduras blancas. La monja, al despertarse del sueño, sintió que sus molestias se habían mitigado. Después, al brillar con mayor intensidad la luz del día, su vientre, [antes] tumefacto, secándose de las aguas letales, retrocedió, y así en el mismo día volvió a su medida²⁰¹, de modo que no quedó ninguna huella de la enfermedad.

50. Grande fue el mérito de Radegunda, que también obtuvo del Señor el que el trabajo de sus manos obtuviera una dignidad por encima de los demás. (0985C) Al querer un ratón roer con sus

Ver nuestra traducción y la nota 101, a propósito de cómo Radegunda se comporta con la difunta como san Martín, en un caso similar, según lo cuenta Sulpicio Severo en *Vita s. Martini*, 7, 2-4, y como, en definitiva, se comportó el Profeta Eliseo en la resurrección del hijo de la Sunamita (*Reyes*, IV 4, 32-37). Ya Venancio Fortunato, al comienzo del cap. 37, en que va a hablar de la resurrección de la monja, dice que Radegunda va a emplear el mismo procedimiento que san Martín.

200 El texto latino comienza con una frase: *quaedam monacharum, nomine Animia, lethalis tumuerat hydrops*, a propósito de la cual la nota 53 de la *Patrologia* hace observar que en ella (0985D) “hay algo que está descoyuntado: para salvar su sintaxis habría que leer, en vez de *lethalis hydrops*, *lethali hydrope* o *hydropisi*. Ahora bien, si Hildeberto tomó el verbo *tumuerat* como activo, en vez de *tumefecerat*, entonces *quaedam* habría que sustituirlo por *quamdam*, de modo que tuviéramos: *quamdam monacharum lethalis tumefecerat hydrops*”. BOLL. Nosotros hemos basado nuestra traducción en tal interpretación.

201 El texto latino dice: (*uterus*) *eodem die sic in suum regressus modulum* y los editores de la *Patrologia*, nota 54, interpretan que (0986D) “*modulum* está aquí por *mensuram*, de manera que Hildeberto lo que quiso decir es que el vientre, antes hinchado por la hidropesía, volvió el mismo día a su forma o medida primitiva”. BOLL.

dientes un ovillo que habían hilado sus bienaventurados dedos, ahogado, expiró. Nadie tuvo la menor duda de que esto sucedió debido a los méritos de la mujer, cuyos trabajos, al apetecerlos el ratón, la gracia los conservó²⁰².

Además, a una muchacha, de nombre "Goda", de tal manera la atormentaba el incendio de la fiebre que la continuada angustia no prometía otra cosa que la muerte. [La enferma], pedida en vano curación a los médicos, así como de ninguno de ellos consiguió ser curada, de igual modo no consiguió ser oída por ningún santo. Movida, así pues, a recurrir al bien probado auxilio, recibió la orden de encender, en honor de la bienaventurada mujer, un cirio hecho a la medida de su propio cuerpo²⁰³. Hecho esto, como si el fuego consumiera la materia de la enfermedad, ésta se consumió al mismo tiempo que el cirio. **(0985D)** Se levantó la mujer sana y salva, y en deuda con la santísima mujer por haber vuelto a recuperar su salud, no dejó atrás las borrascas de este mundo antes de, haciendo profesión de monja, cambiar, a mejor, su modo de vivir.

51. Por otra parte, entre el resto de encomios por sus favores con los que esclareció la Iglesia de Cristo, **(0986A)** con un amor sin tacha abrazó la verdadera pobreza, hasta el punto de que, de todo lo que ella había entregado al monasterio, nada consideró que le perteneciera en propiedad, y nunca dio a nadie nada sin permiso de su abadesa. Por lo cual, ésta le otorgó, para su administración

202 El texto latino habla, en primer lugar, de un ratón (*sorex*), pero, al final, de un *vermis* (gusano, verme). La *Vita 1*, cap. 30, sólo habla de *sorix* (en el aparato crítico, *sorex*). Los editores de la *Patrología* se ven obligados a poner la nota la 55: **(0986D)** "cosa admirable es que aquí [a propósito de *vermis*] Hildeberto llame a este animal *vermis* cuando él mismo, más arriba, lo ha llamado *sorex*". BOLL.

203 Texto latino: *ad modum corporis sui*. La *Vita 1*, cap. 32, ofrece *ad mensuram suae staturae*, información que corrobora la interpretación de los editores cuando unas líneas más arriba explicaban el *modulum* de Hildeberto.

personal, un barril de vino de unos ocho modios²⁰⁴, con el fin de que los distribuyera, generosa dispensadora, entre quienes quisiera. En esta vasija el Señor infundió tan gran abundancia [de vino] que, consumido, no disminuía, y, repartido, no se extinguía. Daba la impresión de que se había entablado una competición entre la mujer vaciando [el barril] y la gracia rellenándolo²⁰⁵.

204 El modio, como medida de líquidos, en la antigua Roma venía a equivaler a unos 8'75 litros, por lo que el barril en cuestión tendría una cabida de unos 70 litros.

205 Baudonivia, cap. 10, candorosamente recordará que, frente al milagro de Jesús, que con cinco panes y otros tantos peces (así haría pensar el texto de *Mateo*, 14, 19-21, tal como lo ofrece Baudonivia, pero en realidad la Vulgata habla de 5 panes y 2 peces) había alimentado a cinco mil personas, Radegunda mantuvo sin consumir el barril de vino durante todo un año, desde una cosecha hasta la siguiente. El milagro del barril de vino que no se agota por más que se saque vino de él es un tema recurrente en la hagiografía. Ya la mitología clásica nos había dejado la estampa de los viejecitos Filemón y Baucis que, al dar hospitalidad, en medio de su pobreza, a los dioses Júpiter y Mercurio, contemplaron, estupefactos, cómo la cratera de vino con la que obsequiaron a los dioses no disminuía su contenido por más que se extrajera vino de ella (la historia de Filemón y Baucis la cuenta Ovidio en *Metamorfosis*, VIII 611-724 y el milagro de la cratera inagotable, en los vv. 668-680). La historia del barril de vino que no se consume está ligada, legendariamente, a la conversión al cristianismo de Clodoveo: san Remigio entregó un barril de vino a Clodoveo antes de entrar éste en combate con los visigodos, con el anuncio profético de que el vino de aquel barril no se agotaría hasta que los visigodos fueran derrotados; por mucho que se bebió de aquel vino, el barril permaneció sin merma. Clodoveo y su gente, admirados ante aquel milagro, se enardecieron y derrotaron al enemigo. Cuentan las crónicas que tal hecho fue determinante para la conversión de Clodoveo a la fe cristiana. En el cap. 19 de *Las florecillas del Padre Jerónimo* (la fuente de la información es INTERNET, que no ofrece más datos) se cuenta la siguiente historia: tras impartir la catequesis, el Padre Jerónimo, acompañado de cincuenta de sus muchachos, se encuentra con Moro, esposo de Diamante; al ver a los muchachos cansados, Moro les invita a beber un trago de vino. Diamante increpa a su marido: ¿de dónde vamos a sacar vino si el barril está ya casi vacío? Moro insiste en su ofrecimiento. Y dice el relato: "Y suerte para ella, avarienta mujer. No tuvo que arrepentirse después de haber saciado la sed de aquellos muchachos. Desde aquel día, por cuanto vino le sacasen, el tonel siguió echando generosamente vino hasta la siguiente vendimia".

52. Mi empresa sería una empresa baldía si me empeñara en encomendar al recuerdo todas y cada una de las cosas que el Señor llevó a cabo por su mediación. Nos han llegado muchas [noticias] según las cuales se recuerda que [la santa] resplandeció en Cristo no sólo en vela, sino también en sueños²⁰⁶. Como suspirara profundamente (**0986B**) por el retraso del premio y toda ella languidciera por el deseo de los gozos celestiales, se le apareció un joven, de gran estatura y mostrando en su rostro una belleza divina. Al echarse a temblar la santísima mujer, al ver que se le acercaba, y sintiera un temor reverencial ante su actitud seductora²⁰⁷, éste le dijo: “¿por qué te diriges a mí con tan profundos gemidos? ¿Por qué desfalleces por la añoranza de mi persona? Ignoras los premios que te tengo reservados. Sábeta que en la diadema de mi cabeza tú eres la primera gema”. Dicho esto, el joven se desvaneció, dejando a la bienaventurada mujer sumida en éxtasis e, igualmente, en gozo. Esta visión sólo la reveló a dos de sus allegadas, haciéndoles jurar que no darían a conocer el secreto del Señor su Dios mientras ella se mantuviera sometida a las leyes del frágil mundo.

53.²⁰⁸ Ahora bien, acercándose el momento decisivo de su vocación, (**0986C**) tan largo tiempo suspirado, la bienaventurada mujer, atravesando, sin sufrir el menor daño, las borrascas de este grande y dilatado mar, confió sus miembros, exhaustos y

206 El texto latino dice: *supersunt enim plurima, quibus non solum vivens, sed et dormiens in Christo latius claruisse memoratur*. Dado que lo que se va a contar es una visión que Radegunda tuvo en sueños, *vivens ... dormiens* lo hemos interpretado como “en vela ... en sueños”. El problema está en *vivens* pero el texto de Baudonivia, cap. 20, primera parte, no deja lugar a dudas.

207 Hildeberto dice: *ejusque blanditiem vereretur*. Baudonivia, al comienzo del cap. 20, por su parte, es más explícita: *qui suavi tactu blandoque conloquio dum cum ea loqueretur*.

208 En el texto de la *Patrología*, en vez del número 53, que es el que corresponde al nuevo capítulo, aparece, por errata, el 55; el número de las columnas no sufre variación.

reconocedores de su naturaleza, a la ceniza y al cilicio. Conturbado por la súbita desgracia, el grupo de las vírgenes llenan la celda con sus gemidos quejumbrosos, la golpean con sus lamentos²⁰⁹. Fluyen las lágrimas, no encontrando ningún tipo de consuelo. Por fin, la bienaventurada mujer, alzados al cielo sus ojos, en un feliz tránsito cambió su destierro por su patria; su fatiga, por su descanso. Murió el 13 de Agosto²¹⁰, dejando, con intención de servirles de provecho, un patrocinio a su abandonada grey²¹¹, al frente de la cual había estado con sus consejos y su ejemplo. En efecto, no se puede creer que la hija de Cristo suplicara en vano

209 Otra vez Hildeberto echa mano de la imagen reflejada en el verbo *pulsare* (*cellulam ... pulsat et lamentis*). Véase lo dicho en la nota nº 186.

210 El texto de Hildeberto dice: *primo Idus Augusti*. Esperaríamos: *Idibus Augusti*. Baudonivia (cap. 21, final) dice: *quarta feria mane primo Idus Augustas, quod fecit idem mensis dies 13*. Ver traducción de P. Santorelli y la nuestra, así como nuestra nota nº 106.

211 Radegunda, cuando se dispone a solicitar del emperador de Bizancio una parte de la sagrada reliquia de la santa Cruz, pide permiso a su hijastro, el rey Sigiberto, y le dice que quiere la reliquia "por la salvación de la patria y la estabilidad de su reino" (*Vita* 2, cap. 16), pero en ese mismo capítulo Baudonivia deja constancia de que "exultó de gozo" la bienaventurada, junto con todo el monasterio, y puso en manos de su comunidad, que había reunido para servir al Señor, aquel "hermoso don y dádiva perfecta llegados del cielo, dándose cuenta en su espíritu de que, después de su muerte, poco podrían tener. Aunque ella podría ayudarles, cuando estuviera en la gloria en compañía del rey del cielo, aquella proveedora óptima, aquella buena gobernadora, y a fin de no dejar a sus ovejas abandonadas, les dejó, para honra del lugar y salvación de su pueblo, este don celestial, el rescate del mundo, en la reliquia de Cristo que ella hizo llegar desde región tan lejana (...) ¿Quién podría decir la grandeza y la calidad del don que la bienaventurada otorgó a esta ciudad?". I. Moreira, recogiendo, ya en el título de su trabajo, las propias palabras de Baudonivia (*provisatrix optima*) ha estudiado la petición de la reliquia de la santa Cruz y sus consecuencias en "*Provisatrix optima: St. Rsdegund of Poitiers' Relic Petitions to the East*", *Journal of Medieval History*, XIX (1993), 285-305. Por otra parte, en la famosa carta-testamento que la santa escribe a los obispos, reunidos con motivo del concilio de Tours en el año 565 (Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, IX 42 nos la ha hecho llegar, íntegra, a pesar de su gran extensión), solicita ardientemente la protección de los obispos para su monasterio, en especial cuando ella falte de este mundo.

por los suyos ante Cristo, ya que por su intercesión consta que los muertos resucitaron, se expulsaron los demonios, **(0986D)** se calmaron los mares, diversas personas, abrumadas por distintas enfermedades, fueron llamadas a su anterior salud, actuando por su mediación su esposo el Señor Jesúcristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén²¹².

FRANCISCO PEJENAUTE RUBIO
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

212 El texto latino lleva, al final, una amplia nota (la 56) en la que (como se hecho observar en la nota nº 173) **(0986D)** se trata de explicar algunas palabras que un lector no versado puede encontrar extrañas. La explicación de las mismas, según los editores reconocen, está tomada de la *Vita s. Radegundis* de Mabilonio, recogida en el tomo I *Actorum Ord.D. Benedicti*. Se trata de los términos *felte/feltrum/filtrum*, *posticaria/posticiaria*, *piratium liquor*, *disciplinae*. De la información que en dicha nota se ofrece hemos dejado constancia al encontrar dichos términos a la hora de su traducción.